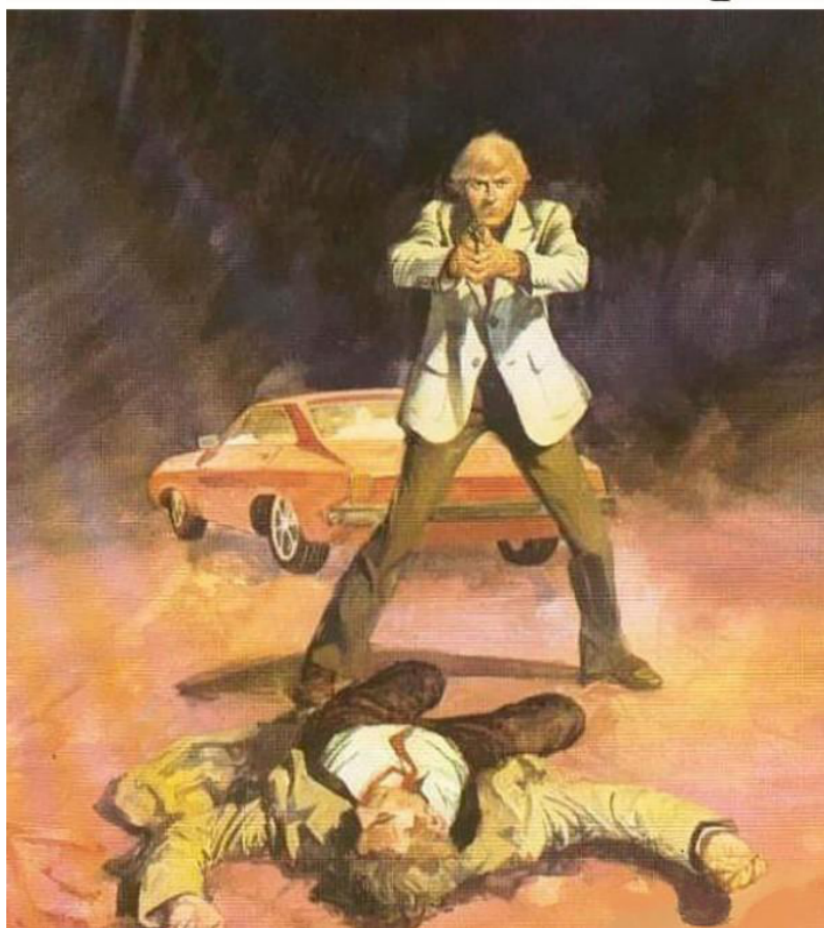
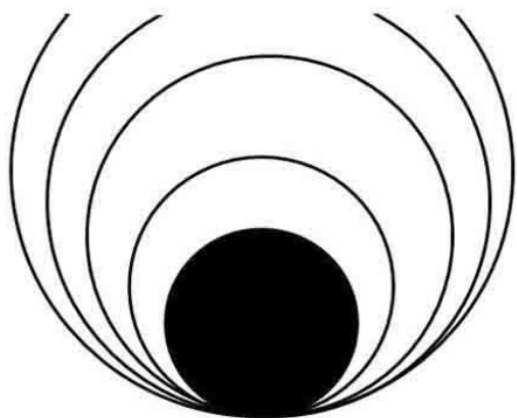




ASESINATO MARAVILLOSO

Lou Carrigan





PUNTO ROJO



LOU CARRIGAN

**ASESINATO
MARAVILLOSO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 959
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 23.193 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: setiembre, 1980

© Lou Carrigan - 1980

texto

©

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1980

EL CADÁVER

El abogado Morley Graham lo había pasado divinamente durante el viaje en compañía del joven y apuesto Jess Mansfield desde Londres a la localidad costera de Shoeburyness, cercana a Southendon-Sea, en la boca izquierda de la desembocadura del Támesis. Mansfield, que había regresado de París aquella misma tarde, le había contado unos chistes picantes de lo más desternillantes, sin dejar de conducir con habilidad su viejo «Jaguar».

Desternillante. Divertidísimo el viaje.

Pero nada más ver, desde el coche, el modo en que Jess Mansfield entraba en la casita de la playa mientras él le esperaba en el coche, Graham comenzó a presentir que las risas iban a terminar pronto.

Y se acercó.

Jess Mansfield salió corriendo de la casa y llegó jadeando junto al coche. A la luz de la avenida, Graham vio su rostro crispado, como levemente azulado.

—¡Está muerta! —gritó Mansfield—. ¡Está muerta en la bañera!

Morley Graham se encontró fuera del coche. Corrieron los dos hacia la casa, y allá, en la puerta, el abogado se detuvo, mirando desconcertado el gran charco de agua que procedía del interior.

—¡Venga, pronto! —jadeó Mansfield.

Chapoteando en el agua, que en efecto parecía extenderse por toda la casita, «la vieja leonera», como había dicho Mansfield durante el camino, los dos hombres llegaron al cuarto de baño, de reducidas dimensiones.

En efecto, Norma Gladstone, es decir, Norma Mansfield, la esposa del rubio y atractivo Jess, estaba en la bañera, desnuda, naturalmente. Morley se quedó mirándola sin saber qué hacer, mientras como de muy lejos le llegaba la exclamación de Mansfield,

un «Oh, Dios mío» tremolante.

Para Morley Graham fue como si de pronto todo se hubiese convertido en una foto fija: Norma Gladstone estaba tendida en la bañera, cara arriba, como si estuviera gozando de un baño relajante. Los brazos le caían naturalmente a los lados, pero tenía las manos crispadas. El rostro tenía una tonalidad lívida, azulina; la boca también estaba crispada, los ojos sobresalían de las órbitas; y había en todo el rostro una petrificada expresión como de desesperación, de terror.

En el centro de la bañera, en la parte del fondo, esto es, hacia la pared, uno de los grifos abiertos, permitía la salida del agua, que se iba directamente después por el desagüe, de modo que la bañera, pese a estar recibiendo agua continuamente, estaba en todo momento vacía, pues el tapón no estaba colocado.

Graham oía perfectamente el rumor del agua. Era un sonido lento, amable, sedante. Absurdamente, pensó que, para tener cincuenta años, Norma Gladstone no estaba demasiado mal, aunque, claro, no podía compararse a su joven marido, Jess Mansfield, de treinta... Pero no estaba nada mal, no; conservaba un cuerpo todavía apetecible, muy blanco, con pechos no demasiado grandes, pero de forma bonita. De joven, debía haber sido muy hermosa, sin duda. Pero..., ¿qué estaba pasando?

Sacudió la cabeza. Y entonces se dio cuenta de que el joven y apuesto Mansfield le estaba diciendo algo.

—¿Qué? —musitó.

—¡Vamos a sacarla de aquí...! La llevaremos...

—No, no —respingó el abogado—. ¡No se le ocurra tocar nada, Mansfield!

—Pero..., ¡algo tenemos que hacer!

—Por supuesto: avisar a la policía. ¿Cuál es el número?

—¿De la policía? —Se pasmó Mansfield—. No tengo ni idea, nunca la he necesitado en este lugar. Graham quedó desconcertado un momento. Pero enseguida encontró la solución.

Era una solución simple, sencilla y formidable.

Corrió hacia el teléfono y comenzó a acercar la mano a él, pero la retiró vivamente. Volvió la cabeza hacia Mansfield, que le había seguido.

—¿Hay algún teléfono por aquí cerca? —preguntó.

—Hay una cabina a doscientos; metros de aquí, que la pusieron hace un año, más o menos...

—Servirá, Mansfield: ¡no toque nada!

Salió disparado, de la casa. Poco después entraba en la cabina y, ahora sí, marcó un número de teléfono...

CAPÍTULO PRIMERO

El teléfono sonó, en el salón del apartamento, cuando Byron Bannister, en la cocina, tendía una taza llena de azúcar a su vecina, la señorita Allister.

—¿Tendrá suficiente? —preguntó cortésmente Byron.

—Oh, sí... ¡Ya lo creo! En realidad, tengo azúcar en casa, pero no la suficiente. La última vez puse tan poca que el «plumcake» me salió demasiado soso. Por eso me he decidido a molestarle, señor Bannister.

—Ha hecho usted muy bien —dijo con exquisita cortesía Byron—. Un «plumcake» soso debe ser algo terrible. Algo así como una chica muy bonita, pero tonta.

Deborah Allister se sonrojó.

—¿Le parezco tonta por querer hacer un «plumcake» sin tener el suficiente azúcar?

—Cielos, no he querido decir eso —casi palideció Byron, aterrado ante la idea de haber parecido descortés—. No tengo ninguna base para pensar semejante cosa de usted... Aparte de que me parece más bien inteligente, señorita Allister.

—Ah —sonrió la muchacha—. Bueno, tampoco tiene base para pensar que soy inteligente, ¿verdad? Desde que me instalé como vecina suya no se puede decir que nos hayamos relacionado mucho... Me parece que está sonando el teléfono, señor Bannister. O sea, que ya le estoy molestando demasiado.

—No, no, de ninguna manera...

Pero Deborah Allister ya había dado la vuelta y salía de la cocina, de modo que ahora Byron pudo contemplarla de espaldas. En realidad, lo mismo daba: la señorita Allister estaba igualmente buenísima de frente que de espaldas. Llevaba una blusa de color azul pálido que ofrecía un extraño contraste con su increíble, fastuosa mata de cabellos rojos como fuego y sus ojos verdes como

la selva virgen, y posiblemente más grandes que la más intrincada selva; la llevaba casi completamente desabrochada, ofreciendo un escote vertical largo, largo, largo..., que permitía vislumbrar, a los lados, la forma redonda, turgente, espléndida, de sus más que convincentes senos sueltos; y la tela era tan fina que en ella se marcaban los pezones como si fuesen nueces.

Y como la blusa estaba anudada por debajo de las costillas flotantes, Byron Bannister había estado viendo la blanquísima barriguita, la delgadísima cintura, y hasta el delicioso ombligo, ya que además de la blusa, la señorita Allister llevaba unos pantalones «pirata», ceñidos hacia la mitad de sus magníficas caderas, que se movían con ritmo de metrónomo al caminar. Las piernas también eran sensacionales. Y mientras caminaba con la mirada fija en el oscilante trasero delicioso de la señorita Allister, Byron Bannister pensaba que, con todo, lo mejor era el rostro de la muchacha, con aquellos ojos verdes y enormes, la boca roja, grande, llenita... y aquella graciosa salpicadura de pecas.

Tremenda.

La había conocido en el ascensor, cuando, al parecer, hacía ya algunas semanas que ella se había mudado al edificio (12, Elverton Street, Pimlico, Londres), donde sólo vivían personas de absoluta seriedad y modales impecables. Ah, de otro modo Byron Bannister no habría vivido allí, naturalmente.

Sí, la había conocido una tarde, al entrar en el ascensor. Al parecer, ella se disponía a subir, pero le había visto entrar al vestíbulo y fue tan amable de esperarlo. Al entrar en el ascensor y ver aquel rostro a un par de palmos del suyo, Byron Bannister estuvo a punto de perder su flema británica; seguramente, debido a la influencia de su parte de sangre española.

—Al último, ¿verdad, señor Bannister? —había preguntado ella, alzando su encantadora manita hacia los timbres.

—Sí, sí... Gracias, muy amable.

—Soy Deborah Allister —dijo ella apretando el botón del cuarto piso—. Hace sólo unas semanas que me mudé aquí...

—Encantado, señorita Allister. Espero que se encuentre a gusto.

—Oh, sí... Las personas que viven aquí no son... demasiado sociables, pero sí muy amables y educadas. Me parece que la más indiscreta soy yo —rió deliciosamente—. He mirado los nombres de

todos mis vecinos en los buzones.

—Bueno..., siempre es conveniente saber quiénes conviven con uno. ¿De modo que vive usted en el 4.A?

—Así es —el ascensor ya se había detenido—. Soy su única vecina en la cuarta planta. Los apartamentos son más pequeños que los de los otros tres pisos, pero tienen una terraza encantadora, y resultan muy acogedores, ¿no le parece?

—Sí... Por supuesto que sí.

—Hemos llegado —sonrió ella, señalando las puertas del ascensor.

Byron se apresuró a abrirlas, y la muchacha salió. Fue la primera vez que vio su sensacional (pero eso sí, esbelto y elegante) trasero. Desde entonces, la señorita Allister se había convertido en una vecina un tanto molesta, que siempre carecía de algo: un día era tabaco, otro papel de cartas, otro día era café o azúcar, como en el momento presente, en el que Byron se recreaba observando el sugestivo panorama móvil que tenía ante él.

—Perdóneme un momento, por favor, señorita Allister.

Se deslizó hacia el interior del salón, y descolgó el auricular del inoportuno aparato.

—¿Sí? —inquirió, mientras contemplaba a la señorita Allister, que había quedado en la puerta del saloncito.

—Ah, hola, Morley... ¿Qué? ¿Qué dices de un cadáver...?

—¡...!

—Dame la dirección —murmuró Byron—. Sí... Está bien. Voy para allá enseguida —colgó el auricular, parpadeó, y pareció recordar que allí estaba la señorita Allister—. La acompañaré a la puerta, señorita Allister. Perdóneme que la haya hecho esperar.

—No importa... ¿Tiene usted algo que ver con... cadáveres?

—Suele ocurrirnos a todos los empleados de las pompas fúnebres —replicó muy serio Byron.

—¡Oh!

Byron se detuvo ante la puerta del apartamento y la abrió.

—Espero que le salga bien el «plumcake», señorita Allister. Buenas noches.

—Buenas noches, señor Bannister.

Esperó a que la muchacha llegase a la puerta de su apartamento y entrase, pero no ya ahora por disfrutar de un placer estético, sino

por cortesía. Y no sólo por cortesía personal, sino porque un inspector de New Scotland Yard no podía ser de otro modo.

—Su padre también fue policía —estaba explicando Graham a Mansfield, ambos en el coche, fumando—. Se casó con una chica española, andaluza. ¡Imagínate un inglés y una andaluza! ¡Fue divertidísimo, pero el cruce resultó fenomenal! Salió nada menos que Byron Bannister Cervantes, o B. B. C, como lo llamamos a veces los amigos. ¡Es un lince, se lo aseguro! Ya es inspector especial de Scotland Yard, y... ¡Me parece que ahí llega!

Un coche se había detenido detrás del «Jaguar». Graham se apeó y corrió hacia el vehículo recién llegado. Lanzó un suspiro de alivio al ver a Byron Bannister al volante, y enseguida, obedeciendo a una seña de éste, se sentó a su lado.

—Te advierto, Morley, que no sé lo que podré hacer personalmente, pero como no quiero que te metas en ningún lío...

—¿Lío? ¿Yo? No, no... Es la esposa de otro la que está muerta en esa casa. El marido está esperando en el coche de ahí delante. Cuando llegamos... ¿Empiezo por el principio?

—Hombre, creí que tendría que enseñarle a un abogado cómo se hacen estas cosas —murmuró Bannister—. Adelante.

—Yo estaba citado esta tarde, en mi casa, con Jess Mansfield, a las cinco de la tarde. El muchacho se presentó a las siete menos un minuto, pidiéndome disculpas y diciendo que el coche se le había estropeado dos veces desde París a Londres. Primero hizo una chapuza él mismo, pero luego tuvo que detenerse en un taller, en Faversham, pues la avería era seria. Estuvo allí hora y media. Llamó a su mujer, con la que había quedado en encontrarse aquí de cinco a seis de la tarde, para decirle que llegaría con retraso, pues tenía que ir forzosamente a mi casa a llevarme un borrador de contrato que piensan establecer con unos franceses. Me dio el contrato que había ido a buscar a París, pero resultó que el borrador que tenía que haber sido enviado por su esposa, presidenta de la firma Gladstone Dressing, no había llegado, así que llamó de nuevo a su esposa, también sin resultado.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, estuvo llamándola varias veces desde distintos sitios, pero el teléfono no contestaba. Mansfield llamó a su casa pensando de pronto que su esposa podía haberse quedado allí, pero no; el

mayordomo, James, le dijo que la señora había salido hacia aquí a las cuatro de la tarde. Mansfield dijo que seguramente, distraída, se había traído el borrador del contrato con las condiciones de la Gladstone Dressing para asociarse a los franceses, y me pidió que le acompañase, para recoger el contrato, pues yo tenía que refundir los borradores de ambas partes para establecer uno solo que debía firmarse el lunes. Me fastidió, pero no tuve más remedio que aceptar. Así que vinimos para aquí... Byron, está todo lleno de agua, y la señora Mansfield está en la bañera muerta.

—¿Hay alguna señal de violencia?

—Yo no he visto nada, pero eres tú el policía.

Byron Bannister asintió, con un sobrio gesto; salieron los dos del coche, y Mansfield lo hizo entonces del suyo, y se quedó mirándolos mientras se acercaban. Morley Graham presentó a los dos hombres, que se estrecharon la mano. Fijándose en aquellos oscuros ojos del policía, Jess Mansfield tuvo un mal presentimiento, pero no hizo comentario alguno.

—Echemos un vistazo —dijo Bannister.

Entraron los dos en la casa, chapotenado, directos hacia el cuarto de baño. Desde la puerta de éste, Byron miró el grifo abierto, y se acercó. Parecía que ni siquiera veía el cadáver. Puso dos dedos bajo el chorro del agua y comentó:

—Es agua fría. Sin embargo, el grifo que está abierto es el del agua caliente, ¿no, señor Mansfield?

—Sí... Pero debe haberse terminado, claro. Hay un calentador eléctrico en la cocina, pero con tanto rato, el agua caliente ya se ha terminado. Sólo tiene cabida para veinticinco litros.

Byron asintió. Miró el tapón de goma del desagüe de la bañera, estaba en la parte alta de ésta, en el ángulo entre las dos paredes. Lo tocó. Estaba seco... Por fin, ocasionando un estremecimiento en Graham, Byron se acucilló lo más cerca posible del cadáver, y se quedó mirando aquel rostro ya violáceo. Estuvo así cosa de medio minuto, teniendo siempre tras él a los dos hombres. Por fin se incorporó y se volvió.

—Seguramente tuvo un colapso —dijo.

—¿Norma? —exclamó Mansfield—. ¡Claro que no! No es que fuese muy fuerte, pero..., ¿el corazón? ¡No lo creo!

—Quizá al terminarse el agua caliente recibió la impresión con

la fría que..., que... —dejó inconclusa la frase Graham.

—¿Alguno de ustedes tocó el tapón de la bañera? —preguntó Bannister; captó las miradas de ambos—. Ya veo que no. Bien, en ese caso, habrá que proceder a una investigación formal y a fondo, porque es evidente que alguien estuvo aquí antes que ustedes.

—¿Cómo puede saber eso? —exclamó Graham.

—La capacidad del desagüe de la bañera es mayor al del chorro de agua que sale del grifo —señaló Bannister—. Por eso el agua del grifo va marchando directamente. Sin embargo, toda la casa está llena de agua, lo que significa que en un momento dado el agua rebosó de la bañera, lo que a su vez significa que el tapón estaba puesto. No creo que ella lo quitase después de morir... y si estaba viva, no iba a dejar que toda la casa se llenase de agua, ¿verdad?

—Pues, no... No claro que no...

—Iré a llamar para que envíen un equipo.

—En lo que a mí respecta, ya pueden retirar el cadáver —dijo el doctor Parkinson—. Parece un colapso, y a juzgar por la frialdad del cuerpo, yo diría que se produjo hace unas ocho horas, esto es, hacia las cuatro de la tarde.

—Desde luego, tuvo que ser antes de las cinco —dijo Morley Graham—, porque Mansfield estuvo llamando a partir de esa hora, y ella ya no contestó. Es decir, que bien pudo morir hacia las cuatro.

—Podemos saberlo con más seguridad si el señor Mansfield autoriza la autopsia —murmuró Bannister—. ¿Sí, señor Mansfield?

—Si lo creen necesario, háganla —asintió Mansfield.

—De acuerdo, entonces —dijo Parkinson—. Buenas noches.

En el salón quedaron solos Bannister, Graham y Mansfield. Afuera, además de la ambulancia, había dos coches policiales y dos agentes de uniforme. Los miembros del equipo técnico habían terminado su labor dentro de la casa, y buscaban en el exterior algo que no sabían qué podía ser pero que pudiera demostrar que alguien había estado en la casa antes que Mansfield y Graham.

Mansfield volvió la cabeza cuando oyó el rumor de los camilleros. Poco después, pasaron en sentido contrario, esto es, hacia la puerta, cargados con la camilla...

—¿La amaba usted, señor Mansfield? —murmuró Bannister.

—No —lo miró el apuesto viudo reciente—. Me casé con ella por

su dinero, pero me porté bien, cumplí mi parte... casi siempre. Norma tenía cincuenta y un años exactamente, ¿comprende? Pese a esto, hice todo lo posible para que ella no se diese demasiada cuenta de la diferencia de edad entre nosotros. Puede preguntar por ahí. Ella estaba contenta conmigo. Un poco celosa, pero... ¡Bah! Podía conseguir de ella lo que quería, con tiempo y un poco de paciencia. Precisamente, un día de éstos iba a comprarme un coche nuevo que...

—¿Quién la hereda? —cortó Byron Bannister.

—Yo, no, desde luego. Sólo me deja unas diez mil libras, o poco más. Soy su tercer marido, ¿sabe? —sonrió desganadamente—. Ella siempre tenía en cuenta que sus maridos podían abandonarla, o pedir el divorcio, de modo que nunca los mencionó en su testamento más que para unos peniques. Sí, quizá me deje diez mil o quince mil libras... Y el empleo en la Gladstone Dressing, claro, un chollo que me consiguió ella en su propia empresa. Quiero decir que lo pagaba la empresa, no ella directamente, ¿comprende?

—Desde luego. En definitiva, señor Mansfield, ¿quién puede beneficiarse de la muerte de su esposa?

—Pues, no sé... Mucha gente. Tiene algunos parientes. Gente simpática... —Mansfield sonrió—. Sí, señor, gente simpática... Y luego, están los socios de la Gladstone. Y también algunas empresas subsidiarias de la Gladstone Dressing, a las que tenía en un puño y les hacía la puñeta a lo bestia. Precisamente, el contrato que teníamos que firmar entre la Gladstone y una firma francesa de confecciones era toda una putada hacia esas pequeñas empresas subsidiarias..., que ahora podrán suspirar aliviadas, ya que no creo que los restantes socios decidan seguir las negociaciones con los franceses. Se oponían a este contrato, pero como quien mandaba en la Gladstone era Norma, al ser poseedora del mayor número de acciones, y presidir el consejo de administración...

—Toda una mujer de negocios.

—Una maldita urraca —masculló Mansfield—; sólo pensaba en ella misma en todo momento.

—En ese caso, me sorprende que fuese tan descuidada respecto a su corazón, que al parecer estaba delicado. ¿No iba con alguna asiduidad a visitarse médicamente?

—Creo recordar algo sobre un doctor McDonald, que vive en

Chelsea, por Oakley Street, más o menos. Y por supuesto, iba al salón de belleza con frecuencia: lo necesitaba, claro. Escuche, inspector, tengo que volver a Londres, para avisar a la familia, ocuparme del sepelio, y cosas así... ¿Puedo?

—Desde luego. Y le avisaré en cuanto pueda disponer del cadáver, señor Mansfield.

—Gracias. Iré a recoger mis cosas.

—Le esperamos fuera. Y por favor, tendremos que dejar la llave a los agentes de aquí, señor Mansfield.

—Como usted prefiera, señor Graham ya que yo le traje...

—No se preocupe, regresaré a Londres con Byron.

Mansfield asintió y fue a buscar sus cosas. Bannister y su amigo abogado salieron de la casa, y el primero se dedicó a dar instrucciones a los agentes de uniforme y al equipo técnico... Los dos vieron salir de la casa rápidamente a Mansfield, que tras mirar a todos lados, vio a Byron y se le acercó.

—He encontrado el portafolios de Norma —murmuró—. Pero el contrato no está en él. Quiero decir, el borrador del contrato que, junto con el que traje yo de París, debía servir para confeccionar el definitivo.

—Quizá su esposa lo dejó en la city, señor Mansfield.

—No lo creo, pero iré a mirar en las oficinas.

—Llámeme si lo encuentra, por favor. ¿Falta algo más?

—No... Nada más...

—¿De qué puede servirle ese contrato a alguien?

—¿Ese borrador sin firmas? ¡De nada! El contrato final habría establecido acuerdos sobre el intercambio de diseños de vestidos y tejidos, puntos de venta, distribución... Cosas así. Los franceses nos enviarían sus modelos y nosotros a ellos los nuestros... Cosas de ésas. No entiendo que pueda importarle a nadie, francamente.

Ni Bannister ni Graham dijeron nada. Mansfield entregó la llave a un agente y se despidió. Poco después, Byron y Graham entraban en el coche del primero, que encendió un cigarrillo y se quedó mirando pensativamente el humo.

—El calentador estaba enchufado —dijo Byron Bannister.

—Sí, en efecto... ¿Y qué?

—¿Amas la vida, Morley?

—¡Vaya pregunta! —bufó Graham—. ¡Claro que sí!

—Yo también. Y la señora Mansfield también la amaba; se cuidaba mucho, y le gustaba vivir intensamente. Por eso se... compraba maridos jóvenes y hermosos, y gozaba sexualmente con ellos, hasta que uno de los dos se cansaba. He visto en la casa prendas de esas que llaman «picardías»... Algunas son verdaderamente... excitantes. Sí, la señora Mansfield amaba la vida. Así que me pregunto cómo pudo ser tan imprudente de meterse en una bañera cuya agua caliente procedía de un calentador eléctrico enchufado. Es una casa simpática, una... leonera divertida, pero todo está un tanto descuidado, necesita reparaciones y renovaciones... ¿Te meterías tú en una bañera sin desenchufar antes el calentador eléctrico, Morley?

—¿Quieres decir... que a ella la metieron en la bañera... ya muerta? ¿Estás diciendo que se trata de un asesinato?

—Hombre, naturalmente —dijo Byron Bannister. Y puso en marcha el coche.

CAPÍTULO II

Byron Bannister estaba pasando cachazudamente el plumero por su coche cuando oyó la puerta del ascensor que comunicaba directamente las plantas del edificio con el garaje subterráneo. Era un sonido inconfundible, de chapa de hierro.

Y también era inconfundible la señorita Allister, que apareció con cierto apresuramiento, portando un paquetito en la mano izquierda, mirando directamente hacia la plaza de estacionamiento del coche de Bannister. Éste se quedó quieto, con el plumero sobre el techo del coche, contemplando acercarse a la muchacha. Ella sí sabía caminar, de veras. Y vestir. Llevaba zapatos de tacón altísimos, unos pantalones blancos ceñidos a sus sensacionales muslos, y un jersey rojo como una llamarada, igual que su fastuosa mata de pelo alborotada, juvenil, vital, resplandeciente. Bajo el jersey se adivinaba, sin traba alguna, la forma de los vibrantes y bien desarrollados senos de la muchacha, por supuesto libres, sin sujetador.

Para un soltero de treinta y cuatro años, y en una mañana de sábado, el panorama se la señorita Allister se convertía en el más apetitoso bocado que se pudiera desear. ¡Y a fe que había donde hincar a gusto todos los dientes!

—Buenos días, señor Bannister.

—Buenos días, señorita Allister. ¿Va de paseo?

—Pues... no sé qué hacer.

—El día es espléndido, considerando la estación y que estamos en Londres.

—Sí, es cierto... ¿Y usted? ¿Va de paseo?

—No, no. Tengo trabajo.

—¿Hoy? ¡Pero si es sábado!

Byron miró aquellos inmensos ojos verdes, tras el voluntarioso esfuerzo de apartarlos de aquella maravilla de senos llenos de vida,

que se movían deliciosamente.

—Ya ve; en mi trabajo no hay días festivos. La Muerte no sabe de estas cosas.

—¡Ah! Sí, claro...

—La gente muere incluso en sábados, domingos, días de Navidad, de San Jorge... Y claro, uno tiene que hacer su trabajo.

—Sí... Sí, sí.

—Si yo fuese usted, desde luego saldría a pasear. En un día como hoy debe ser estupendo poder corretear por el campo. ¿Le gusta a usted el campo?

—¡Me encanta! —exclamó Deborah Allister, con un saltito de gozo que hizo moverse sus senos.

—Pues no lo piense más. ¿Lleva ahí la comida? —señaló el pequeño paquete que ella sostenía.

—¡Oh, no! ¡Esto es un «plumcake»!

—El «plumcake» es comida, ¿no?

—Sí, pero este trozo es para usted, señor Bannister. Me..., me parece que esta vez me ha salido muy bien.

Byron guardó el plumero en la funda de plástico, lo tiró dentro del maletero y cerró éste. Se acercó a la muchacha, tomó el paquetito y lo olió.

—El olor es delicioso. Muchas gracias, señorita Allister, pero no debió molestarse...

—Bueno —rió ella mostrando su boca sanísima, unos dientes blanquísimos, una lengua sonrosadísima—. Parte de él es suyo por derecho propio. ¡Usted puso el azúcar!

—Es cierto, ahora lo recuerdo. De todos modos, muchas gracias. Bien, le abriré la puerta para que salga con su coche.

—Oh, no voy a salir de momento.

—Ah. Como está aquí, en el garaje...

—Es que... le oí salir a usted del apartamento, y como ya no tenía tiempo de alcanzarle arriba, pues...

—¿Salí corriendo de mi apartamento? —Alzó las cejas Byron.

—No, no. Es que yo... no estaba vestida.

—Pues se ha vestido muy aprisa. Lo que no debe de ser nada fácil, con esas ropas tan ceñidas. Tengo la impresión de que lleva su trabajo ponerse unos pantalones como ésos.

—¿No le gustan? —murmuró Deborah.

—Señorita Allister no crea usted que soy un viejo verde, pero tengo que atreverme a decirle una cosa: a mí me gusta todo lo que se pone usted.

—¡Oh! —exclamó ella sonriendo—: ¡Es usted muy amable!

Cuando sonreía, era como si todo el rostro se le iluminase. Así que Bannister quedaba como deslumbrado.

¿Cuántos añitos debía tener la señorita Allister? ¿Veintidós? Ni un segundo más. Veintidós años llenos de vida, de belleza, de salud de alegría... Era una sonrisa, la de Deborah Allister, que parecía abrirle aún más los ojos.

—Usted también —murmuró Byron, mostrando el paquetito. Espero que tenga un feliz día, señorita Allister. Adiós.

Ella no contestó. Byron se metió en el coche, dejó el paquetito en el asiento izquierdo y puso en marcha el motor. Cuando miró a Deborah Allister, ella estaba todavía en el mismo sitio, mirándole a través del parabrisas, muy seria. Incluso parecía enfadada. Byron Bannister pensó que quizá al decir «adiós» debió mirar a los ojos de la muchacha, y no los pechos, pero ni siquiera un inspector de Scotland Yard es de piedra, qué demonios. Además, a las chicas les gusta que las miren y las admiren. ¿O no?

De pronto, la señorita Allister dio media vuelta rápidamente y regresó a paso vivo hacia el ascensor, ofreciéndole a Byron la, otra parte del panorama, tan fastuoso como la primera.

—Si se pusiera un sujetador, no se moverían así sus pechos y yo no los hubiera mirado —pensó hoscamente Bannister—. ¡La culpa es de ella, por lo tanto! Y como siga provocándome así...

Tenía que ir a Scotland Yard.

—¿Café, señor? —ofreció el detective Thompson.

—Sí, gracias. Estuve trabajando hasta tarde esta noche, y no he tomado nada antes de salir de casa. ¿Y las fotografías?

—Harris las traerá enseguida. Tiene usted un recado. Byron Bannister lo estaba viendo mientras se sentaba a su mesa. Era un folio oficial, metido en la cesta de llegadas. Lo tomó y leyó el mensaje.

«El señor Jess Mansfield dejó el siguiente recado para el inspector Bannister: no ha encontrado el borrador del contrato en la oficina de la Gladstone

Dressing ni en su domicilio privado de Kensington Square. No aparece en parte alguna».

Bannister dejó la nota a un lado y miró a Thompson, que estaba sirviendo el café en dos gruesas tazas.

—¿Sabemos algo del doctor Parkinson?

—No señor. Pero ya le conoce: siempre cumple lo que promete.

—Entonces, a mediodía sabremos algo. Gracias, Thompson.

—De nada, señor. —Thompson miró el paquetito que Bannister estaba abriendo—. ¿Qué es eso?

—«Plumcake».

—Ah.

—Tome un trozo. Le dejaremos también a Harris.

—Gracias, señor. Tiene buen aspecto.

—Seguramente es porque contiene el suficiente azúcar. ¿Qué le parece?

—Está muy bueno... Ejem... ¿Lo ha hecho usted, señor? Lo digo porque, evidentemente, es casero. Mi esposa hace algunos así de cuando en cuando.

—Pues el próximo día le corresponde a usted traer el «plumcake». Thompson parpadeó y de pronto sonrió.

—Con mucho gusto, señor. Ah, aquí llega Harris... Oye, Harris, dime qué te parece este «plumcake».

—Las fotografías, señor —entregó Harris un gran sobre de color canela—. Hemos hecho ampliaciones de las zonas que nos han parecido más interesantes, además de las que usted indicó.

—Muy bien, gracias. ¿Qué opina del «plumcake»?

Un tanto desconcertado, Harris probó el «plumcake» y enseguida hizo un gesto de aprobación.

—Muy bueno, señor, excelente. ¿Lo ha hecho usted?

—No —gruñó Bannister.

Tomó el sobre, sacó las fotografías y se dedicó a mirarlas. Todo lo que podía hacer aquella mañana, salvo decisiones u oportunidades de procedencia inesperada, era eso y escuchar el informe forense. Después de eso, ya se vería qué procedía hacer, y si ello era posible en sábado.

Byron Bannister tenía una vista excelente, pero además, de un cajón de su mesa sacó una potente lupa, mientras dirigía una mirada a los expectantes Harris y Thompson.

—Respecto al señor Mansfield. ¿Tenemos noticia de que haya estado en algún sitio, aparte de las oficinas de la Gladstone Dressing?

—No señor. La vigilancia persiste, pero sin más informes, lo que indica que todo continúa igual: el señor Mansfield permanece en la casa de Kensington Square.

Byron asintió y dedicó de nuevo su atención a las fotografías, ahora examinándolas con la potente lupa. Había fotografías prácticamente de toda la casa y de todo el contenido visible a simple vista: de la entrada, del salón, de los dormitorios de la cocina y, por supuesto, en gran abundancia y desde varios ángulos, del cuarto de baño y especialmente, de, la bañera, también desde varios ángulos. Y del contenido de la bañera, por supuesto, es decir, de Norma Gladstone, señora de Jess Mansfield. Incluso había fotografías del suelo encharcado.

Pero la atención de Byron se centró escrupulosamente en las fotografías de la bañera y de la mujer que yacía muerta en ella. Especialmente, de las ampliaciones que había pedido del torso y de la cabeza de Norma Mansfield. Bueno, fuese por medio de salón de belleza o no, conservaba unos pechos bastante aceptables. Es bien cierto que de cuidarse a no cuidarse...

También el rostro aparecía convincentemente... terso. Era un rostro que había sido bello, sin duda alguna. Pero ahora...

La lupa pasó sobre los desorbitados ojos saltones: sobre la boca crispada: se alejó un poco, para captar todo el conjunto del gesto desesperado de aquel rostro femenino que se... distorsionaba. Si, como si se hubiera llevado un buen susto, un tremendo sobresalto. ¿Habría muerto Norma Mansfield de un susto? Admisible, muy bien. Pero ¿por qué meterla de nuevo en la bañera? ¿O quizá él se estaba pasando de listo, engreído por los éxitos anteriores? Volvió a mirar las fotografías en las que se veían las manos de la mujer, crispadas. La mano derecha estaba cerca de la cara, sobre la que caía el agua del grifo caliente, pero que ya sólo proporcionaba agua corriente, normal: El agua caía sobre la cadera, salpicaba la mano y un poco el vientre, se deslizaba, corría luego hacia el desagüe. ¿Y el tapón? Allí estaba el tapón, en una esquina de la bañera, seco, solitario. ¿Podría haberlo puesto allí la propia Norma? No señor. De eso no iba a convencerlo nadie. Así que alguien había estado allí,

qué demonios. Alguien había puesto a Norma Mansfield en la bañera, que había enchufado el calentador, que había destapado el desagüe...

De nuevo movió la cabeza Byron Bannister. Y otra vez tomó una de las ampliaciones del torso de Norma Mansfield. Como en un relámpago, al ver aquellos senos fríos, rígidos, apareció en su mente la imagen de la señorita Allister, con sus bailones senos. Sí debía tener unos pechos preciosos, preciosos... ¿Habría salido al campo finalmente la señorita Allister?

La lupa quedó, finalmente, sobre la ampliación de la fotografía que abarcaba desde el principio del abultamiento de los senos del cadáver hasta el cabello. Todas las fotografías eran de color, todo se veía perfectamente.

Byron Bannister dejó al fin las fotografías a un lado, y miró a los muy pacientes y expectantes Thompson y Harris.

—Bueno —señaló el «plumcake»— deberíamos terminarlo, ¿no les parece?

—Tenía un golpe en la parte posterior de la cabeza —dijo el doctor Parkinson depositando su informe oficial sobre la mesa de Bannister.

Éste miró el informe, estuvo un par de segundos como ausente, ajeno a lo que sucedía allí, y luego miró al forense.

—¿Qué clase de golpe? —preguntó.

—Mi versión es que resbaló en la bañera. ¿Lo lee o se lo explico?

—Le escucho con mucho gusto, doctor.

—Bueno, yo pienso que entró en la bañera, resbaló, cayó de espaldas y se golpeó en la parte posterior de la cabeza, con la suficiente contundencia para perder el conocimiento unos segundos, o quedar algo aturdida...

—¿No pudo ser un golpe propinado por algún objeto?

—Francamente, creo que no. Es un golpe plano, con idéntica incidencia en toda la zona traumática; la clase de señal que queda cuando uno se golpea en una superficie plana.

—Entiendo. ¿Y luego?

—Bueno, quizá no se encontraba bien, y el colapso pudo sobrevenirle en cualquier momento.

—Es decir, que la muerte llegó por medio de un colapso cardíaco.

—Sin la menor duda.

—¿Hora?

—Tengo que ratificar lo que dije anoche: hacia las cuatro de la tarde. Evidentemente, había almorzado muy poca cosa: la digestión estaba terminada satisfactoriamente. Calculo que almorzó hacia las doce.

—¿No pudo morir más tarde?

—¿Cuánto más tarde?

—Pongamos a las seis.

—No. Y no me guío por las llamadas del señor Mansfield a partir de las cinco, naturalmente, sino por la autopsia... Mire, inspector, yo he estado trabajando con un... material que me ha ido proporcionando determinados datos. Con esos datos tengo que decir que murió a las cuatro de la tarde. Ahora bien, si sus... elucubraciones policiales, que son diferentes a las de los forenses, según parece, sí son distintas, le escucharé con suma atención.

—Tengo la certeza, doctor Parkinson, de que ha trabajado usted a la perfección con su... material. Y le comprendo: si a usted le presentan una suma compuesta por los sumandos dos y dos, usted tiene que decir que el resultado de la suma es cuatro... ¿Estamos de acuerdo?

—Completamente —frunció el ceño Parkinson—. ¿Pero...?

—Pero —casi sonrió amablemente Bannister— me veo obligado a diferir con usted en ciertos detalles. Por ejemplo tengo la convicción de que la señorita Mansfield no se cayó en la bañera. Y ello, porque no creo que entrase en ésta estando todavía vacía, ¿verdad? Si una persona va a tomar un baño, espera que la bañera esté llena... ¿O no?

—Es lo más corriente —admitió Parkinson—. Bien, pudo haber caído antes, al suelo, por ejemplo.

—Pudo ser. Luego, alguien la metió en la bañera, enchufó el calentador y abrió el grifo del agua caliente... Desde luego, sin molestarse en tapar la bañera.

—En ese caso, la bañera no se habría desbordado —sonrió el doctor Parkinson.

—En efecto —sonrió de nuevo, aunque ahora ceñudamente Byron Bannister—. Así que pasemos a la teoría definitiva: la señora Mansfield recibe ese golpe, es colocada en la bañera llena de agua

caliente y, evidentemente, la bañera llega a llenarse, incluso a desbordar. ¿Por qué alguien podría hacer eso?

Parkinson parpadeó, y acto seguido comenzó a refunfuñar. No sólo Bannister, sino Thompson y Harris le miraban con expectante sonrisita, estos dos últimos admirados una vez más de las elucubraciones policiales de su jefe.

—Me parece que no le estamos entendiendo, doctor —dijo Bannister.

—Digo que si alguien puso a la mujer en la bañera llena de agua caliente tuvo sus buenos motivos.

—¿Por ejemplo?

—Considerando que la señora Mansfield tenía hecha la digestión sobradamente, el informe forense debía basarse, para determinar la hora de su muerte, en la rigidez *post mortem* del cadáver. Si el cadáver hubiera estado sumergido determinado tiempo en agua caliente, es más que posible que yo hubiese tenido que dar otra hora como la de la muerte, en lugar de las cuatro, ya que la rigidez, al estar el cuerpo caliente, se habría retrasado considerablemente.

—Supongamos que el cuerpo hubiese estado sumergido en agua caliente, que se fuese enfriando paulatinamente, desde las cuatro a las cinco y media o seis de la tarde, que es la hora en que, salvo imprevistos, habría llegado el señor Mansfield a su casita de soltero alegre. ¿Habría usted dicho que la señora Mansfield había muerto entre las cinco y las seis?

—Es más que probable.

—Con lo que habríamos tenido como sospechoso directísimo al señor Mansfield, que habría llegado a esa hora. Habría llamado a la policía y, cuando llegase el forense y calculase la hora de la muerte de la señora Mansfield, tendría que decir que era, aproximadamente, aquélla en la que el señor Mansfield llegó a su casa, más o menos. ¿Correcto?

—Sí.

—Bueno, por fortuna para el señor Mansfield, él estaba lejos de allí lo mismo a las cuatro que a las cinco y media o las seis. Pero aunque hubiese llegado a esa hora, no podría haber sido acusado, ya que, al ser retirado el tapón de la bañera, el agua caliente se fue, y la señora Mansfield quedó tal cual, esperando ser hallada. Entonces, yo me pregunto: ¿tiene sentido que alguna persona

pretenda complicarla la vida de este modo al señor Mansfield... y luego retirar el tapón de la bañera antes de lo conveniente, por no decir que lo lógico habría sido que lo dejase allí?

—No —saltó Harris, sin poder contenerse. Bannister le miró.

—¿Entonces...?

—Bueno, señor, yo entiendo que usted está sugiriendo que pudo haber dos personas en la casa, además de la señora Mansfield... Una de ellas puso el tapón de la bañera, se fue, la bañera se desbordó... Luego, llegó otra persona, que quitó el tapón de la bañera. ¿No es eso, señor?

—Exacto —asintió Bannister—. Bueno, esto son... elucubraciones, recuerden.

—Que sugieren —intervino Thompson— que alguien quiso acumular pruebas circunstanciales contra el señor Mansfield... y que otra persona se propuso destruir esas pruebas o evidencias. Es decir, que pasaron por esa casa una persona enemiga de los Mansfield y otra persona que, cuando menos, aprecia al señor Mansfield.

—Teoría redondeada —asintió Bannister—. ¿Doctor?

—Bueno —refunfuñó éste—, yo he hecho mi parte, y ustedes están haciendo la suya. Si quieren seguir por ese camino, policialmente hablando, me parece bien. Es su trabajo encontrar a esas personas. ¿Tiene algo más que exponer, señor Bannister?

Un destello irónico pasó por los ojos oscuros del hombre de Scotland Yard.

—Sólo hablaré después de que usted haya expuesto la última parte de su informe. Siento estropearle la venganza.

—¿A qué se refiere?

Bannister tomó una de las fotografías ampliadas de la zona del cuello de Norma Gladstone, y la colocó ante el médico, señalando con el dedo.

—¿Qué son esas pequeñas señales?

—¡De modo que las había visto!

—Tanto en directo como en las fotografías. Algunas son más grandes que otras, pero todas resultan visibles para un buen observador.

—¿Me permite, señor? —Se adelantó Harris.

Bannister hizo un gesto de asentimiento, y el detective tomó la

fotografía y la lupa. Thompson se colocó a su lado, y ambos a la vez fueron viendo las señales en el cuello de Norma Gladstone. Eran como pequeñas rayitas de tono oscuro, entre amoratado y negro; rayitas verticales, todas al mismo nivel, hacia la mitad del cuello, algunas tan diminutas que apenas se veían. No había ninguna igual, ni seguían cadencia alguna en la impresión de la carne. Algunas estaban separadas por unos centímetros, otras por dos, otras por medio... Parecían formar un extraño y desigual collar de señales.

—¿Qué puede ser? —Gruñó Thompson, mirando a Bannister.

Pero éste estaba mirado a Parkinson, y los dos detectives hicieron lo mismo. El médico forense torció el gesto.

—No tengo ni idea, lo siento. Bueno, parecen... pellizcos.

—Pellizcos —murmuró Bannister.

—No puedo decir otra cosa. Ah, y también tiene señales de éstas en la nuca.

—¿Siempre al mismo nivel, como formando un collar?

—Sí... Podría decirse que se trata de la señal de un collar.

—Pero tendría que ser un collar que la señora Mansfield llevase muy apretado, ¿no? Y además, un collar muy raro.

—Parecen pellizcos —dijo Parkinson—. No puedo decir más. Ya lo explico en el informe.

—Pellizcos —replicó Bannister pensativo—. O sea, como si alguien, o quizá la propia señora Mansfield, se hubiese estado dando pequeños pellizcos en la garganta, en la nuca...

—Quizá sea la marca de un collar —farfulló Parkinson, insistiendo.

—¿No hay señales de dedos?

—Ah, no, de eso nada, segurísimo. No fue estrangulada, qué demonios. Bien, ¿algo más? Me gustaría que me dijera que no, Bannister, para marcharme fuera de Londres hasta el martes.

—Nada más, doctor, gracias. Que se divierta.

—Me conformo con descansar —suspiró Parkinson, caminando hacia la puerta.

—Un momento —pidió de pronto Bannister—. Estas señales, estos... pellizcos, ¿podrían ser las señales de alguna operación de cirugía estética?

—No.

—Hasta el martes, doctor.

La puerta se cerró tras de Parkinson. Durante unos segundos, Bannister estuvo examinando una vez más las rayas verticales en el cuello de Norma Gladstone, los pellizcos. Harris esperó a que dejase las fotografías para preguntar rápidamente:

—¿Qué hacemos ahora, señor?

—Usted mismo, vea de localizar al doctor McDonald: Oakley Street, Chelsea. No tiene que ser difícil. Lo difícil será que esté en casa...

CAPÍTULO III

—Gracias por recibirme, doctor. Siento lo de, su pie.

El doctor McDonald dirigió una ceñuda mirada a su escayolado pie derecho, colocado sobre una banqueta, y luego miró a Byron Bannister, encogiendo los hombros.

—A los cincuenta y seis años ya no se debería jugar al tenis con el ímpetu con que yo lo hago —gruñó—. Pero, francamente, jugar con restricciones me parece aburridísimo. Supongo que tendré que cambiar de deporte.

—Eso no es tan fácil —sonrió Bannister—. Uno se acostumbra al que eligió en determinado momento, y después de practicarlo durante años se convierte en hábito.

—Eso es cierto. Bueno, siéntese, siéntese... ¿Qué deporte practica usted?

—Esgrima.

—¿De veras? Vaya, es sorprendente. ¡No conozco a muchas personas que practiquen esgrima! A decir verdad, a ninguna. ¿Realmente es interesante?

—Digamos que desarrolla el sentido de observación y, sobre todo, los reflejos.

—¿Podría yo practicar la esgrima?

—¿Por qué no? Aunque, acostumbrado a un deporte como el tenis, quizá le gustaría más el golf...

—No está mal pensado. El golf... ¡Oiga, parece que el médico sea usted!

—Será mejor que recuperemos nuestros respectivos papeles —sonrió de nuevo Bannister, para sorpresa de sí mismo—. He venido a hacerle unas cuantas preguntas sobre una de sus pacientes.

—Ah. ¿Cuál?

—Norma Gladstone.

—Ya. Bueno, inspector Bannister, usted sabe que el secreto

profesional de un...

—La señora Mansfield falleció anoche, creemos que asesinada, doctor McDonald.

El médico respingó y palideció. Se quedó mirando incrédulamente a Byron, que subrayó la noticia afirmando con la cabeza.

—Dios... ¡No puedo creerlo!

—Lo siento. ¿La apreciaba usted?

—Sí, claro... Hace..., hace bastantes años que venía por aquí no menos de tres veces al año. ¡Asesinada!

¡Vamos...!

—Todavía no podemos asegurarlo, pero la investigación está enfocada en ese sentido.

—Pero..., ¿qué ha pasado? ¿Cómo ha ocurrido, dónde...?

Byron Bannister esperaba una interesante información del doctor McDonald, de modo que comprendió que debía ser complaciente con él si quería que, a su vez, McDonald se mostrase dispuesto a colaborar abiertamente en la investigación. De modo que, aunque sucintamente, sin entrar demasiado en... elucubraciones, le puso al corriente de lo sucedido. Cuando terminó, McDonald quedó mustio, meditabundo.

—Lo siento de veras —murmuró—. No es que sintiese hacia ella un afecto especial, pues era un tanto adusta, pero lo siento, sí.

—Es natural. Bien, mi pregunta base, doctor, se dirige hacia el corazón de Norma Mansfield. ¿Qué tal lo tenía?

—¿El corazón? Ah, normal... Normal...

—¿Fuerte?

—Bueno, normal a su edad. Quizá un poquito por debajo de lo que habría sido deseable, pero eso es lógico, ya que la señora Mansfield jamás practicó ningún deporte, ni siquiera los más sencillos, como caminar, o gimnasia rítmica... Cosas así. Digamos que tenía un corazón normal tirando a flojo, pero no inquietante, desde luego.

—¿Era una candidata al infarto?

—Lógicamente, no.

—Pero ella venía aquí no menos de tres veces al año, según usted mismo ha dicho. ¿A qué venía?

—Era un poco hipocondríaca. Tenía frecuentes depresiones y yo

hacía un poco de psiquiatra, evitando siempre en lo posible el uso de fármacos.

—¿Por qué tenía esas depresiones?

—Bueno... Decía que se estaba haciendo vieja, y siempre quería que yo le asegurase lo contrario, así que la examinaba le decía que todo estaba bien, que trabajara menos, que se divirtiera...

—¿Por qué tenía esa manía de que se estaba haciendo vieja? McDonald miró con cierta malicia a Byron.

—Evidentemente, las comparaciones entre su cuerpo y el de sus esposos, siempre más jóvenes que ella, eran buena base de comparación para que se diese cuenta de ello, ¿no le parece?

—Claro.

—Y además, por su negocio, ya sabe, vestidos, modas..., siempre estaba relacionada con muchachas jóvenes y bonitas. Modelos, quiero decir. Y la señora Mansfield era bastante celosa.

—¿Alguna vez ella le dijo si tenía motivos serios para serlo?

—Si se refiere a si tenía la seguridad de que sus maridos la engañaban, no. Pero desconfiaba de todos. En realidad, todos sus relativos males eran de origen psicosomático; ya sabe, de esos que se originan más en la mente que en el cuerpo.

—Sí. ¿Alguna vez la acompañó aquí el señor Mansfield?

—Nunca.

—¿Y los anteriores maridos?

—Tampoco. Siempre venía sola.

—¿Por qué?

—No tengo idea.

—¿Recuerda los nombres, de los otros maridos, los dos anteriores al señor Mansfield?

—Mmm... Fuller y Walker, sí. Sí, eso.

—¿También desconfiaba de ellos?

—Por supuesto. Más de una vez estuve a punto de decirle que no dejaría de preocuparse mientras «adquiriese» maridos jóvenes y apuestos, pero, realmente, eso era cosa suya.

—Realmente —asintió Byron—. En resumen, doctor; ¿tenía la señora Mansfield algo preocupante?

—No más que cualquier persona de su edad. Con la ven taja a su favor de qué ella se cuidaba mucho.

—Entiendo. De todos modos..., ¿admitiría usted que ella pudiese

morir súbitamente de un colapso cardiaco?

—Admitirlo, sí. Ya le he dicho antes que lógicamente no debería ser así, pero el corazón, joven, es el corazón. ¿Comprende?

—Supongo que comprendo —sonrió de nuevo Byron; y ahora ya sabía por qué sonreía; simplemente, el doctor McDonald le resultaba simpático, chocante—. Me gustaría saber si la señora Mansfield tenía cicatrices. ¿Lo recuerda usted?

—Sólo la de apendicectomía, y una pequeña en la cara interna del muslo derecho, que se hizo en su niñez, jugando. No tenía ninguna más. Y una dentadura muy sana, por cierto.

—¿No tenía ninguna señal en el cuello o en la nuca?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, señor. Seguro. No se le oculta a usted que conozco bien el cuerpo de Norma Mansfield, ¿verdad? Está bien, por tener cincuenta y un años. Aunque a mí, a mi edad, empiezan a gustarme más delgaditas. Es curioso, ¿verdad?

—No sé —casi rió Byron—. Podré contestarle dentro de veinte años, espero. Le voy a enseñar unas fotografías, doctor, y le agradecería que las examinase con esta lupa. Por favor, fíjese de modo especial en el cuello.

McDonald tomó las fotografías y la lupa. Primero miró las fotografías a simple vista, se mordió los labios, miró a Byron, y sin hacer comentario alguno, comenzó a mirar la luna. Cuando terminó, se quedó mirando con expresión perpleja a Byron.

—¿No tenía ella estas señales, doctor?

—No. Nunca se las vi. Y quiero decir que si se las hubiese tenido las habría visto. Es más, conociendo a la señora Mansfield, ella nunca habría permitido que estas señales permanecieran en su cuello; se las hubiese quitado por medio de la cirugía o como fuese.

—Claro. Bueno, esa misma expresión ha expuesto nuestro médico forense, pero siempre es conveniente asegurarse. ¿Qué se le ocurre a usted que pueden ser esas señales?

—No se me ocurre nada... ¿Un collar, tal vez?

—Sería un collar muy peculiar, ¿no cree?

McDonald volvió a mirar la fotografía más ampliada.

—Bueno, en el fondo estoy convencido de que la señora Mansfield era un poco... masoquista. Parecía como si quisiera tener

la seguridad de que la engañaban, la estafaban, la despreciaban y todo un montón de cosas malas. A lo mejor su relativo masoquismo pudo llegar al extremo de ponerse un collar así de bestia.

—Está usted bromeando, claro.

—Sólo en parte. Algo masoquista sí que era, de veras.

—Vaya... ¿Alguna vez vio usted en su cuerpo alguna clase de señales, quizá? Señales temporales, me entiende, como de golpes o latigazos, o pellizcos. Ya que hablamos de masoquismo...

—No nunca vi una señal de esa clase, desde luego. Estoy pensando en que debería asistir a su entierro, naturalmente pero con el pie roto... ¿Dónde está el cadáver?

—En el depósito, pero precisamente voy a ir a visitar al señor Mansfield para decirle que ya pueden disponer de él. Hemos trabajado deprisa y supongo que él habrá hecho lo mismo preparándolo todo. Bien, doctor, de nuevo gracias por recibirme.

—Me parece que no le he ayudado gran cosa.

—Eso nunca se sabe —dijo Byron poniéndose en pie—. Una suma no puede sumarse hasta que están todos los sumandos.

—¿Qué quiere decir? —Le miró con curiosidad McDonald.

—Digamos que usted es un sumando de la suma que yo estoy preparando. Por sí mismo, no resuelve nada, no puede arrojar un resultado definitivo. Pero, a medida que yo vaya teniendo los otros sumandos, puede llegar el momento en que usted de la clave final. No sé si me explico.

—¡Ya lo creo que sí! Quiero decir que mis palabras no resuelven nada ahora, pero que metidas en la misma olla que las demás, pueden dar el guiso completo.

—Algo así —casi rió Byron Bannister.

—Jolines —movió la cabeza McDonald—. ¡Hace falta poder de atención y memoria para una cosa así, inspector!

—Bastante —admitió Byron—, aunque, en realidad, todo se reduce a buscar el fallo que comete el asesino.

—¿Y si no lo comete? ¡Hay por ahí gente muy lista!

Byron Bannister frunció el ceño. ¿Ningún fallo? Teóricamente, esa posibilidad no existía. Siempre hay un fallo, siempre. Pero, realmente, ¿por qué siempre? Ciertamente, hasta el momento, en todas sus investigaciones él había encontrado el fallo. Pero siempre llega un día en que las cosas cambian. Velozmente, todas las imágenes

que su memoria había almacenado sobre el supuesto asesinato de Norma Gladstone, pasaron por su mente con nitidez... ¿Y si todo lo que habían visto, todo lo que estaba movilizándolo a Scotland Yard, como el calentador enchufado, la bañera sin tapón, las señales del cuello de la víctima, la desaparición del borrador, el agua en el suelo..., fuere algo preparado así y no un fallo?

Parpadeó y oyó entonces de nuevo la voz de McDonald.

—Le he dejado patitieso, ¿eh?

—Por el contrario, doctor McDonald; digamos que ha abierto usted la puerta a todo un cúmulo de posibilidades. Espero que pueda volver pronto a las pistas.

—Entonces, ¿podemos retirarla ya de allí? —murmuró Jess Mansfield.

—Cuando ustedes gusten —asintió Byron, mirando alrededor—. ¿Éste es el despacho que ella tenía en casa?

—Sí. Bueno, aquí trabajamos a veces los dos. Es un sitio tranquilo, insonorizado. Con frecuencia, Norma prefería trabajar aquí que en las oficinas.

—Lo comprendo. Bueno, señor Mansfield le estoy muy agradecido por su colaboración, pero temo que voy a seguir abusando de su amabilidad.

—No se preocupe —le miró inquisitivamente Mansfield—. ¿De qué se trata?

—Quizá le resultará un tanto engorroso y violento, pero es necesario. No sé si habrá empezado usted a extrañarse de lo que podría parecer excesivo interés por mi parte en esto pero le aseguro que está justificando: su esposa fue asesinada.

Mansfield se quedó como si no le hubiera oído. De pronto, su boca se torció en un remedo de sonrisa.

—Ésta es buena —murmuró—. ¿No acaba de decirme que según el dictamen forense murió de un colapso cardíaco?

—Así es.

—Pues entonces, no comprendo —masculló Jess.

—Si tuviera sólo en cuenta la causa de la muerte de su esposa, daría el caso por cerrado. Pero concurren determinadas circunstancias que me hacen sospechar que su muerte no fue fortuita.

—Le advierto que sigo sin comprender. ¿Murió o no murió de un

colapso cardíaco?

—Sí. Comprendo su desconcierto, que es más o menos como el mío, pero no estoy fantaseando. Para decírselo de un modo un poco más claro: no sé cómo la mataron, pero la mataron.

—Vamos, inspector...

—Señor Mansfield, deduzco que usted se dedica dentro de la Gladstone Dressing a algo así como proporcionar contactos a la firma con otras empresas; algo así como el encargado de relaciones comerciales. ¿Cierto?

—Sí, sí, soy el encargado de relaciones públicas y comerciales —sonrió desganadamente—. Se supone que soy simpático e inteligente. Pero a usted debo parecerle tonto, porque no comprendo...

—No me parece usted tonto en absoluto; más bien tengo el convencimiento de que sabe hacer bien su trabajo. Pues bien, señor Mansfield; yo sé hacer bien el mío.

Jess Mansfield ladeó la cabeza y entornó los ojos. Estuvo así unos segundos, escrutando a Bannister.

—Muy bien, de acuerdo —murmuró por fin—. ¿En qué se supone que yo puedo ayudarle?

—Al entrar en la casa, me ha parecido oír voces en el salón, a la izquierda del vestíbulo. ¿Avisó usted a determinadas personas y éstas han acudido, están en el salón?

—Sí.

—Dígame una sola de estas personas a la que perjudique la muerte de su esposa.

—Ninguna. Más bien, todas van a resultar beneficiadas, de un modo u otro. Excepto yo, quizá, pero eso nunca se sabe. Hemos estado hablando de mi empleo en la empresa, y parece que están dispuestos a mantenerlo, pero recortando algo mi sueldo y mi presupuesto de gastos de representación..., así que la cosa deja de divertirme bastante. Había empezado a pensar en irme al Sur de Francia: por allá hay buen material.

—¿Buen material?

—Bueno, damas de cierta dad pero todavía de buen ver que se sentirían satisfechas de tener una compañía agradable.

—¿Otro matrimonio por dinero?

—Si se presentase bien, ¿por qué no? Inspector, yo no he

trabajado nunca en mi vida. Hablo de un trabajo continuado, sostenido. Me suicidaría si tuviese un empleo así. Lo que hacía en la Gladstone estaba bien: viajaba a Francia, España, Italia... Podía lanzar mi coche por hermosos paisajes, conocer gentes pintorescas, comer platos sorprendentes, tomar el sol... No pienso cambiar eso por un empleo vulgar. Entre encerrarme en una caja de cristal y cemento y hacer feliz a una dama madura, me quedo con esto. Y le advierto que me importa un huevo lo que usted piense.

—No tengo por qué pensar nada. Lo que sí sé es que usted no podrá abandonar el país hasta que este caso esté resuelto.

—¡Hombre...! ¿Soy sospechoso?

—En mi profesión, señor Mansfield, hay ciertas reglas que resultan básicas para la investigación. Una de ellas dice que cuando es una mujer asesinada, el primer sospechoso es el marido.

—Cojonudo —casi rió Mansfield—. ¿De modo que yo sería tan bobo de matar la gallina de los huevos de oro a cambio de nada? Nada, hombre, por mí no se priva de sus caprichos; acepto ser sospechoso. ¿Cuáles son mis obligaciones como tal?

Byron Bannister, que miraba a Mansfield con amable atención, se permitió una leve sonrisa. Ofreció cigarrillos, encendió el de Mansfield, luego el suyo, y dijo:

—Su principal obligación consiste en detallarme todos sus pasos desde las tres a las siete de la tarde del día de ayer.

—¿Sólo hasta las siete?

—Sólo. A partir de esa hora estuvo usted con Morley Graham, quien goza de toda mi confianza. De tres a siete, señor Mansfield. Es decir: de las quince a las diecinueve horas.

—¿Se lo explico a grandes rasgos o con todo detalle?

—Considerando que los dos tenemos bastantes cosas que hacer en el día de hoy, me conformaré con una explicación simplemente convincente. Y espero que me perdone, pero son las normas.

—Nada, hombre, nada... ¡Tranquilo! Vamos a ver... Tuve el primer fallo en el coche cerca de Calais, lo que me hizo perder el transbordador que había pensado en tomar, por lo que tuve que esperar al siguiente. Por suerte, era viernes, y había bastantes. Las cuatro... No, las tres. A las tres tomaba el transbordador de Calais, cosa que supongo podrá usted comprobar. Creo que eran las cuatro y cuarto cuando llegué a Dover, lo que también es fácilmente

comprobable. De Dover salí, en coche, claro, hacia Canterbury y pasé por allí hacia las cinco menos cuarto. Después de Canterbury, pensaba tomar la autopista

M-2,

naturalmente, pues iba retrasado, ya que el señor Graham me esperaba a las cinco en su casa. Y Norma en la mía, entre cinco y seis, pues yo había previsto, como siempre, cualquier retraso... Bien, poco antes de la entrada de Faversham a la autopista, el coche comenzó de nuevo a hacer el tonto. Pensé que si me metía en la autopista corría el riesgo de quedarme en ella, a la espera de una grúa, así que opté por no entrar en la autopista y seguir hacia Faversham. Llegué allí creo que a las cinco, prácticamente en punto. Pero ni siquiera tuve que entrar en Faversham; hay un pequeño taller de reparaciones a la entrada...

—¿Cuál es el nombre?

—¿El del taller? Ni idea... Bueno, no vi ningún nombre, eso es todo. Pero no tendrá problemas para localizarlo, dada su situación. Además, me atendió una preciosidad, una chica de unos veinticinco años, rubia, con unos pechos formidables... Muy rica, aunque estaba un poco tiznada de grasa. No le gustaba mucho que cuando se disponía a dar por terminada su semana laboral llegase un niño guapo con su «Jaguar» asmático, pero la convencí, le conté un rollo. Bueno, ella acabó sonriendo, y aceptó echarme una mirada al coche. ¡Más o menos a las seis, lo tenía reparado, pagué, le di una buena propina, un pellizco en la barbilla, y salí zumbando hacia Londres, tomando la autopista en Sittingbourne! A las siete estaba en casa del señor Graham... ¿Está bien así?

—Sí, gracias. Pero, dígame, ¿qué hizo usted de cinco a seis, mientras le reparaban el coche?

—¿Qué hice? Nada... Bueno, estuve paseando por allí, tomé un café en un bar cerca del taller... No hice más que eso. Hubiese podido pegar la hebra con la chica del taller, pero la habría distraído y no me convenía... Aunque la dejé en cartera para mejor ocasión, para otro viaje... Ah, sí, el nombre de aquel bar...

¿Cook's...?

Sí, creo que era

Cook's.

Byron Bannister asintió.

—¿Qué tenía su coche, señor Mansfield?

—Tenía jodidos los platinos y una bujía, o algo así. La verdad es que no escuché mucho a la muchacha, pues yo estaba nervioso por el tiempo perdido. ¡Hombre, me olvidaba, no te digo...! Llamé a Norma, claro.

—La llamó. ¿A qué hora?

—Apenas llegué al taller de la chica aquélla. O sea a las cinco. La llamé otra vez a la salida de la autopista en Londres; tampoco contestó. Volví a llamarla desde la casa del señor Graham, a las siete, y tampoco contestó. Luego, el señor Graham y yo fuimos para allá. Y ya tiene: de tres a siete.

—Muy bien, señor Mansfield, gracias. Hablemos ahora de las personas que hay en el salón. ¿Quiénes son?

—Vamos a ver... Están Elmer Brooks, Robert Garrison, Seymour Hecht..., los tres socios de Norma en la Gladstone. Está la encantadora Lilliam Aiken, una chica que trabaja como modelo interior en la Gladstone; una preciosidad, créame. Hay otra mujer: Fannie Wolfe, que dirige una de las pequeñas empresas subsidiarias de la Gladstone. Y otro director de empresa subsidiaria, Albert Cronwell. Me parece que hay cuatro empresas subsidiarias más, pero no tienen mayor importancia, y, de todos modos, Cronwell y la Wolfe han tomado la representación de todas ellas. Luego está la familia...

—Un momento, por favor. Todas esas personas que acaba de nombrarme..., ¿tenían relación con su esposa?

—Más bien todo lo contrario, sobre todo últimamente. Norma se estaba volviendo una egoísta implacable. La verdad es que todos la detestaban cada día más.

—¿Sabía usted, señor Mansfield, que su esposa estaba convirtiéndose en una hipocondríaca?

—¿Por qué?

—Se veía envejecer, y por supuesto, debía darse cuenta del poco afecto que inspiraba a su alrededor.

—Ah. Bueno, lo de envejecer no tiene remedio, pero no es tan difícil inspirar afecto, inspector. Lo que pasa es que Norma simplemente no sabía. Ella todo debía conseguirlo por medio del poder, no del afecto. Así que tenía poder, pero nadie la quería. Ésa es la verdad. Pregunte a quien quiera.

—Puestas así las cosas, cualquiera de las personas con las que se relacionaba se habrá alegrado de su muerte.

—Bueno, no nos suponga a todos tan ruines, ¿quiere? —masculló Mansfield—. Alguno que otro habremos sentido su muerte, en mayor o menor medida, ¿no? Yo no voy a ponerme luto ni a ir de penitencia al Tibet, pero en el fondo siento lo que ha pasado..., y más si realmente la mataron. ¡La mataron! Bueno, usted lo dice así, tan llanamente, inspector, pero ¿realmente le parece que es tan fácil matar?

Bannister movió negativamente la cabeza.

—Ya sé que no. Pero estas cosas suceden. Unas veces por accidente. Otras de modo premeditado, planeado, y esto es lo que se llama un asesinato..., en cuya investigación se me tiene por un experto bien preparado. Y como sé que va a preguntármelo, se lo diré ya: la muerte de su esposa fue preparada cuidadosamente, o sea, que es un asesinato.

—Bueno, pues pierde el tiempo con nosotros: ninguna de las personas que conozco es capaz de esto. Bannister alzó una sola ceja y dijo reposadamente:

—Se equivoca usted, señor Mansfield. Pero sigamos con lo de antes; nadie relacionado con su esposa la quería. ¿Eso incluye a la familia?

—Desde luego. A excepción de la pequeña Sally... ¡Ésa sí que es una criatura encantadora!

—¿Qué entiende usted por pequeña?

—Tiene siete años.

—Entonces, es pequeña —sonrió Byron—. Tenemos a la pequeña Sally. ¿Quién más?

—Douglas Hartley y su esposa, Merle; son los padres de Sally. Merle es sobrina de Norma, hija de una hermana que falleció hace tiempo. Y está también John Edgeton, un primo de Norma, en no sé qué grado. Es un tipo amable y aburrido, más inofensivo que un huevo..., salvo que usted opine lo contrario, claro.

Byron captó la irónica sonrisa de Mansfield pero la pasó por alto, impávido.

—¿Cuántos años tiene el señor Edgeton?

—Cerca de sesenta. Se pasa la vida estudiando no sé qué. Es un erudito, ¿comprende? Douglas Hartley tiene unos treinta y cinco

años. Es todo un tipazo, casi tan guapo como yo.

—¡Caramba! —exclamó Byron, socarrón.

—He dicho «casi»... Merle es preciosa, casi tanto como la pequeña Sally. Adoro a la pequeña Sally, ¿sabe, inspector? Y ella está loca por mí; hace un par de meses pidió mi mano.

—Un detalle simpático. ¿Cómo es Merle Gladstone?

—Ya le digo que preciosa. Oh, de carácter, ¿eh? Bueno, es una criatura deliciosa. Está loca por Douglas, y él por ella. De ahí surgieron los problemas.

—¿Qué problemas?

—Bueno, eso fue hace más de dos años, es decir, antes de que Norma y yo nos conociéramos y nos casáramos prácticamente enseguida... Norma quiso cepillarse a Douglas.

—Quiso..., ¿qué?

—Tirárselo. ¡Coño, acostarse con él, hombre!

—Ah. ¿De veras?

—Esa maldita bruja debía tener la fiebre uterina... ¿Sabe usted lo que es la fiebre uterina?

—Entiendo que usted quiere decir que su esposa era en verdad... ávida de hombre, señor Mansfield, desde luego.

—Vale. Mire, yo entiendo eso, pero meterse entre Douglas y Merle fue una guarrada de aquí a Australia.

¿O no?

—Sin duda. ¿Qué pasó?

—Douglas se negó, claro, y desde entonces dejó de recibir ciertos privilegios económicos a los que había accedido al casarse con Merle. Norma les retiró unos buenos ingresos, y Douglas la envió al diablo y salió adelante él solito. Es un muchacho cojonudo. Bueno, todos son buena gente. Aquí, el único bicho que había era Norma. ¿Dice que ha sido un asesinato? Bueno, como yo tengo narices para decir lo que me da la gana, lo diré: quien lo haya hecho ha cometido un asesinato maravilloso... ¿Estamos?

Byron Bannister apagó el cigarrillo en un grueso cenicero de cristal auténtico y murmuró:

—Aun suponiendo que personalmente estuviera de acuerdo con usted, señor Mansfield, yo tengo que encontrar al asesino. Es decir, que no tengo más remedio que seguir investigando. ¿Sería tan amable de presentarme a esas personas?

—Seguro que sí.

—Gracias de nuevo. Ah, una última cosa: ¿alguna vez resbaló usted en su bañera? En la de la casa de Shoeburyness, quiero decir.

Mansfield se quedó mirándolo pasmado.

—Atiza, qué pregunta —farfulló—. ¡Y yo qué sé si resbalé alguna vez! Supongo que sí, como todo el mundo... ¿Quién no ha resbalado alguna vez en una bañera?

—Su esposa tenía un golpe en la parte posterior de la cabeza. Pero dudamos de que se lo hiciera cayendo en la bañera.

—¿Qué quiere decir?

—Al parecer, hubo dos personas en la casa de la playa con su esposa, señor Mansfield. Una de las personas parece que pretendió organizar la escena de modo que usted se viese en dificultades. La otra persona hizo lo que pudo para que usted no resultara sospechoso.

Mansfield contemplaba a Byron con la boca abierta, más pasmado que antes. Byron comprendió que él guapo mozo no sabía qué decir, de modo que añadió:

—Como ve, no todas las personas relacionadas con esto son afectas a usted, señor Mansfield. Y una de ellas, indudablemente, fue capaz de matar a su esposa. Bien, ¿vamos al salón?

CAPÍTULO IV

La pequeña Sally era en verdad una niña encantadora. Como su madre, una ya espléndida mujer rubia de unos treinta y dos años... Y como su padre, el apuesto Douglas Hartley, de unos treinta y seis, cuyos ojos claros escrutaron con curiosidad al inspector de Scotland Yard mientras Mansfield lo presentaba.

John Edgeton, el primo de Norma Gladstone tenía todo el aspecto frágil y delicado de un sabio distraído, y además, era miope; nada sorprendente, si se pensaba que se pasaba la vida estudiando cosas. ¿Qué cosas? Casi nada: la capacidad de comunicación entre todas las manifestaciones de la vida del planeta Tierra. Breve explicación sobre las aficiones del señor Edgeton que no inmutó a Byron Bannister, ciertamente.

Albert Cronwell era sastre. Eso no se lo dijeron a Byron, pero éste no pudo pensar en otra cosa al ver a Cronwell: tenía todo el aspecto de un sastre y punto. Delgado, elegante aunque algo descuidado en los detalles, de unos cincuenta años... Byron pensó que el doctor McDonald podría haberle ganado al tenis incluso teniendo el pie escayolado; era la negación de la actividad física.

Fannie Wolfe debía de tener unos cuarenta y cinco años, y era una mujer algo gruesa, sólida, muy bien vestida, de mirada viva, penetrante..., casi dura, a juicio de Byron. En cambio. Lilliam Aiken la modelo para pruebas interiores en la Gladstone, era una delicia de feminidad: delgada, pero sugestiva, cabellos, color ceniza, grandes ojos grises, boca sonriente... Una belleza de unos veintidós años; o una preciosidad, como había dicho Mansfield.

Quedaban los tres socios de Norma Gladstone: Elmer Brooks, Robert Garrison y Seymour Hecht. Este último tenía unos cuarenta años, tenía aspecto deportivo, un tanto arrogante, incluso agresivo. Hombre sano, fuerte, temperamental. Los otros no, rondaban los cincuenta y parecían que eran directores de algo que funcionaba

magníficamente.

Excepto Lilliam Aiken, que era de natural alegre y despreocupada, y Douglas Hartley, que contemplaba un tanto socarronamente a Byron los demás se tomaban las cosas muy en serio, y parecían no sólo asombrados, sino preocupados por la presencia de un inspector de New Scotland Yard, el cual estaba mirando a la pequeña Sally, la que a su vez le contemplaba a él con los ojos muy abiertos.

—Cariño —dijo Mansfield—, ¿quieres venir al despacho para ayudarme a telefonear?

—Oh, no, tío Jess —exclamó la niña—. Quiero quedarme aquí...

—Bueno —se compungió Mansfield—, haré todo el trabajo yo solo, pero no sé si podré terminarlo... ¡Me iría tan bien que me ayudasen!

—¿Estás cansado? —se interesó la niña.

—Así es, querida. Hasta soy capaz de dormirme hablando por teléfono si alguien no me mantiene despierto. Pero, claro, si no quieres ayudar al pobre y viejecito tío Jess...

La niña rió y corrió hacia Mansfield, y saltó en sus brazos.

—¡No eres un viejecito, sino joven y muy guapo! —exclamó la niña—. ¿Verdad que eres muy guapo?

—Yo creo que sí —sonrió Mansfield, guiñando un ojo—. Pero tú eres más guapa que yo...

—No, no... ¡Tú eres el más guapo de todos!

—Bueno, podremos discutirlo en...

Byron Bannister siguió con sonriente mirada a Mansfield cuando éste abandonó el salón llevándose en brazos a Sally. El propio Mansfield cerró la puerta del salón, y entonces fue notorio el silencio en éste.

Byron miró de pronto hacia los Hartley.

—Tienen ustedes una niña encantadora —dijo.

—Gracias —asintió Douglas Hartley; su maliciosa mirada relució un poco más—. Esperemos que el próximo envío de París tenga las mismas características, inspector.

Byron no pudo evitar dirigir una breve mirada a Merle, pero tampoco captó ahora señal alguna del estado sugerido por su marido. Merle rió en un toco encantador.

—Todavía no se nota —dijo—. Apenas estoy de la tercera falta.

—Sí, claro —farfulló Byron—. De todos, modos, reciban mi enhorabuena... Bueno, señor Hartley, dado su estado...

—Diga lo que tenga que decir —le interrumpió con un gesto simpático Merle, tocándose el vientre—. Estoy segura de que mi pequeño Douglas lo resistirá...

—De acuerdo. Procuraré no entretenerles demasiado, pues aparte de que es la hora del almuerzo, tendrán que ocuparse de los trámites... Bien, es lógico suponer que el señor Mansfield les ha explicado a todos ustedes lo sucedido, es decir, las extrañas circunstancias en que fue hallada muerta la señora Mansfield.

—¿Qué es lo que pasa, exactamente? —preguntó Seymour Hecht, con su aire deportivo, casi agresivo.

—Pasa exactamente, señor Hecht, que la señora Mansfield fue asesinada.

La mirada del inspector describió un semicírculo, enfocando uno tras otro, en menos de un segundo, todos los rostros como obteniendo una rápida película. Pese a esta rapidez, en su memoria quedaron registrados todos los gestos: desconcierto, pismo, incredulidad...

—Pero... ¿qué dice usted? —murmuró Douglas Hartley.

—Fue asesinada —repitió Byron, inescrutable—. Quiero decir con ello que no se trata de un homicidio cometido por un ladrón o algo parecido, sino que Norma Gladstone fue muerta de un modo premeditado y bien preparado.

—Santo cielo —jadeó la bella modelo Lilliam Aiken—. ¡Eso no es posible...!

—¿Por qué no, señorita Aiken?

—Porque..., porque... ¡Quiero decir que es increíble!

—Ah.

—Naturalmente —gruñó Elmer Brooks—, está usted seguro de lo que dice, inspector.

—Naturalmente —asintió Byron.

—Era un mal bicho —murmuró Fannie Wolfe.

Byron la miró. Los demás permanecieron en silencio. Fannie Wolfe sostuvo fríamente la mirada de Byron, que la fue pasando luego a los demás. Nadie dijo nada. Sin duda, la más cruel verbalmente había sido Fannie Wolfe, pero no parecía que nadie fuese a llevarle la contraria.

—¿Por qué dice eso, señorita Wolfe?

—Todo el mundo lo sabe. Y usted también; estoy segura de que Jess le habrá puesto al corriente, él tampoco tiene pelos en la lengua.

—De todos modos, señorita Wolfe, un asesinato es un asesinato.

—De acuerdo —intervino de nuevo Seymour Hecht—. Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con eso?

—Vamos, vamos, Seymour —sonrió levemente Douglas—. Es evidente que el inspector está aquí porque piensa precisamente que nosotros tenemos algo que ver con eso. ¿No es cierto, inspector?

—Mucho me temo —susurró Byron— que todos ustedes y otras personas que más adelante me veré obligado a entrevistar, tendrán que facilitarme explicaciones sobre sus movimientos en el día de ayer, pero sólo de tres a siete de la tarde.

—No pienso hacer semejante cosa —aseguró secamente Hecht. Byron lo miró apaciblemente.

—Puede negarse, por supuesto, señor Hecht. Pero su actitud no me parece correcta... ni inteligente. Con seguridad podría usted explicar dónde estuvo sin que eso le perjudique.

—Desde luego —gruñó Hecht—, pero no quiero hacerlo.

—Muy bien. ¿Los demás adoptan la misma actitud?

—Claro que no —saltó Hartley—. Mi esposa y yo, de tres a siete, hicimos lo mismo que todos los fines de semana. Ella estuvo en casa, con Sally, esperando mi regreso para ir a casa de unos amigos a jugar al «*bridge*». Yo salí del despacho a las cinco, naturalmente. Es decir, que de tres a cinco estuve allí. Llegué a casa a las cinco y media aproximadamente dejamos a Sally con una vecina y nos fuimos a casa de los Bromfield, adonde llegamos poco después de las seis. Tomamos unas copas, charlamos y estuvimos jugando al «*bridge*» hasta las ocho, más o menos. Luego cenamos, escuchando música y charlando, y alrededor de las diez volvimos a casa. ¿Está bien así?

—Desde luego, señor Hartley..., siempre y cuando usted sea tan amable de anotarme dónde trabaja y el domicilio de sus amigos los Bromfield.

—Con mucho gusto. —Hartley sacó una libreta de notas y comenzó a escribir en una página.

—¿Alguien más? —inquirió Byron.

—Yo mismo, yo —dijo con tenue voz John Edgeton—. Desde las dos y media hasta las cinco estuve; con un pase especial, consultando unos volúmenes de Ciencia en Guildhall.

—Gracias, señor Edgeton. ¿Y de las cinco a las siete?

—Bueno..., de las cinco a las siete y media, hora en que regresé a casa, estuve paseando por ahí, reflexionando sobre los apuntes que había tomado. No creo que nadie se fijara en mí en parte alguna.

—De acuerdo. ¿Señorita Aiken?

—¿Eh? —Respingó la modelo—. Oh; sí... Sí, desde luego... Bueno, yo..., yo no fui a trabajar a la Gladstone ayer por la tarde. Estuve probando unos modelos hasta la una, me parece. A esa hora, fui a mi apartamento, almorcé, descansé cosa de media hora y luego fui al cine. Al Fantasy.

—¿A qué hora entró y a qué hora salió?

—Entré a eso de las tres y salí cuando terminó la película. Debían ser cerca de las cinco, supongo.

—¿Qué película vio?

—Juan Salvador Gaviota.

—Ah, una película... sorprendente e interesante. ¿Qué hizo al salir del Fantasy?

—Bueno, estuve paseando un poco por Hyde Park, compré un par de revistas, una «cassette» de Elton John, y luego volví a casa. Esta semana ha sido un poco agitada, debido a la preparación de algunos modelos con vistas a la firma de un contrato con una firma francesa.

—Sí, ya sé. ¿A qué hora debió llegar a su casa?

—No sé:... Pero antes de las siete, me parece.

—¿Y ya no salió?

—No... No.

—De acuerdo, señorita Aiken. ¿Alguien más?

—Yo estuve en mi taller hasta las cinco y cuarto —dijo Albert Cronwell—, haciendo mi trabajo normal. A las cinco y cuarto, en compañía de tres de mis empleados, fuimos a casa, para discutir el nuevo enfoque de nuestra producción, ya que el contrato que la Gladstone iba a firmar con una casa francesa nos iba a dejar bastante desamparados, de momento.

—Albert —gruñó Brooks—, usted sabe perfectamente que no era

propiamente la Gladstone la que le iba a hacer la mala pasada, sino el deseo personal de Norma. Ella es quien manda..., quien mandaba.

—Lo sé, Elmer. Y ya sé que ahora todo volverá a ser como antes. Mmm... Ah, sí, inspector. Bueno, estuve en casa con mis empleados hasta más de las once de la noche, tomando unos bocadillos, bebiendo primero cerveza y luego *Whisky*..., y naturalmente, siempre buscando soluciones al problema. ¿Quiere los nombres y direcciones de mis tres empleados?

—Sí, por favor —susurró Byron.

Cronwell miró a Hartley, que comprendió, y con amable gesto arrancó para él una hoja de su libreta y se la entregó junto con el pequeño bolígrafo del lomo. En el momento en que Cronwell comenzaba a escribir y Hartley entregaba su hoja a Byron Bannister sonó el teléfono. Merle se apresuró a atender la llamada.

—¿Sí?

—...

—Sí, un momento. —Merle miró con leve sorpresa a Byron, tendiéndole el auricular—. Es para usted, inspector.

—Muchas gracias. —Byron tomó el auricular—. Inspector Bannister.

—...

—Ah, bien. Pero eso podía esperar, Harris... De todos modos, puesto que me ha llamado, dígamelo.

—...

—¿Un marino barbudo? ¿Eso es todo?

—...

—De acuerdo. Nos veremos en mi despacho después del almuerzo. Gracias, Harris.

Colgó, miró la hoja queje había entregado Hartley miró a Cronwell que continuaba escribiendo y dirigió luego una mirada a Robert Garrison y Fannie Wolfe.

Ésta gruñó desabrida:

—Me fui de mi taller a la una y media, después de almorzar allí y dar instrucciones hasta la hora del cierre. Estaba preocupada por todo eso del contrato de la Gladstone con una firma francesa y pensé que quizá se me ocurriese una solución dedicándome a pensar tranquilamente durante todo el fin de semana, encerrada en

mi apartamento.

—¿Estuvo usted en su apartamento de tres a siete?

—De dos a... Bueno, hasta que he salido para venir aquí, después de que Jess me llamó por teléfono.

—¿Estuvo alguien con usted?

—No. Estuve sola.

—Gracias, señorita Wolfe. ¿Señor Garrison? ¿Señor Brooks?

Los dos miraron a Hecht, que permanecía firme en su decisión de no decir nada. Garrison se encogió de hombros.

—Bueno, cuando terminaron las pruebas, todos nos fuimos de la Gladstone, prácticamente. En realidad, sólo quedaron los empleados de las oficinas. Los demás habíamos trabajado muy duro durante toda la semana y...

—¿A qué hora se fueron, señor Garrison?

—Unos minutos más tarde que Lilliam: alrededor de la una.

—¿Todos?

—Bueno, yo estoy hablando de mí, inspector...

—Y por mí —dijo Brooks—. Eso fue lo que hicimos: marcharnos minutos después de la una.

—¿El señor Hecht se fue también?

Brooks miró a su consocio en la Gladstone.

—¿Contestas tú o yo, Seymour?

—Ya he dicho que no me da la gana contestar. Hablad por vosotros, eso es todo.

—Está bien, Robert y yo nos fuimos a la una, inspector.

—¿Adonde fueron?

—Bueno... No sé adónde iría Robert, yo fui a mi casa.

—Yo también —dijo Robert Garrison.

—¿Estuvieron en sus hogares respectivos desde la una y pico hasta las siete?

—Sí... Sí, exactamente.

—¿Solos?

—No, no. Yo estuve con mi familia, y supongo que Elmer haría lo mismo. ¿No, Elmer?

—Claro —masculló Brooks.

Byron Bannister miró de uno a otro lentamente. Luego, en silencio, se acercó a Albert Cronwell y recogió la hojita que le tendía éste, haciendo gesto de agradecimiento. Miró una vez más a

Seymour Hecht.

—¿Persiste en su actitud, señor Hecht?

—Desde luego.

—No pretendo molestarle, pero tengo que decir que su actitud me parece absurda.

—Más absurda es la actitud de usted al sospechar de nosotros —gruñó Hecht.

—Perdone —frunció el ceño Bannister— no es así exactamente. Mi intención es, precisamente, ir eliminando sospechosos, para poder reducir mi campo de investigación. En ningún momento he dicho que sospeche de ustedes, me parece. De todos modos, es natural que la investigación se dirija a las personas que pudieran tener un interés en la... desaparición de Norma Gladstone. Los asesinatos, señor Hecht, no los comete nadie porque sí.

—Bueno, piense usted lo que quiera.

—No, señor —contradijo de nuevo Byron, un tanto secamente ahora—; yo no pienso lo que quiero, sino lo que los indicios me indican. Me parece oportuno informarles de la hora de la muerte de la señora Mansfield se ha fijado alrededor de las cuatro, así que tengo que saber dónde estaban determinadas personas a esa hora... A propósito, ¿quizá ustedes conocían ya la hora del óbito de la señora Mansfield?

—Jess nos lo dijo —contestó enseguida Merle.

Todos la miraron y Merle bajó la mirada y se mordió los labios. Sobrevino un tenso silencio. El ceño de Byron había vuelto a fruncirse:

—Señora Hartley, señor Edgeton —miró a uno y a otro—, ustedes, según entiendo, son los únicos parientes vivos de la señora Mansfield. ¿Conocen su testamento, quizá?

De nuevo el silencio. La tensión era notoria.

—¿El nombre del notario de ella? —preguntó Byron.

—Frank Cunningham, 88, Gresham Street —murmuró Merle.

—Gracias. Buenas tardes a todos.

Bannister abandonó el salón, cruzó el vestíbulo, donde esperaba el imperturbable mayordomo James, y fue a llamar a la puerta del despacho privado de Norma Gladstone. Oyó la voz de Mansfield y empujó la puerta. Jess Mansfield estaba sentado sobre la alfombra, con las piernas cruzadas. Sentada en éstas, se hallaba la pequeña

Sally, con un libro entre las manos.

—Ah, hola inspector —sonrió Mansfield—. ¿Todo bien?

—Regular, señor Mansfield. Pero no quiero molestar más... Ya sabe que puede disponer de..., de todo.

—Me ocuparé de ello ahora mismo. —Mansfield se puso en pie, reteniendo en sus hercúleos brazos a Sally—. Sólo esperaba que terminara usted con los demás. Son gente estupenda, ¿verdad?

Bannister parpadeó. ¿Se estaba burlando Mansfield de él? O bien, ¿qué entendía Mansfield por «gente estupenda»?

—¿Le gustan a usted los micos? —preguntó Sally. El inspector miró sonriente a la niña.

—Son divertidos —asintió—. ¿Te gustan a ti?

—Me gusta las cosas que tío Jess dice de los micos: ¡se quitan las pulgas a mordiscos! ¡Y comen gusanos!

—¿De veras?

—¡Aquí lo dice! —Movié Sally el libro—. Tío Jess dice que tío John se parece un poco a un mico, pero que no tiene pulgas.

—Caramba, menos mal —casi rió Byron—. Me parece que te lo pasas muy bien con tu tío Jess, Sally.

—¡Oh, sí! ¡Siempre dice cosas graciosas! ¿A que no sabe usted por qué todos los ciempiés son pobres?

—Pues..., no, no lo sé. ¿Por qué?

—¡Porque se gastan todo el dinero en zapatos! —rió Sally mostrando una tremenda mella en su infantil dentadura.

—¡Atiza! ¡Pues es verdad!

—Sé otra clase de chistes —sonrió Mansfield—, pero éstos no se los cuento a Sally.

—Morley Graham me contó alguno —asintió Bannister—. Tengo que pedirle otro favor, señor Mansfield.

—Sólo se lo concederé si acierta usted esta adivinanza. ¿Quién es la niña más preciosa del mundo?

—Sin duda alguna. Sally Hartley —replicó Byron, guiñando un ojo a la pequeña.

—¡Exacto! —Mansfield rió con la pequeña Sally, que se abrazaba ahora a su cuello con un bracito—. ¿Cuál es el favor?

—Me gustaría que me anotase usted las direcciones de los domicilios privados de todas las personas que acabo de conocer. Y las de los talleres y oficinas de las otras.

—Entiendo. Sally, ¿por qué no vas a contarle a mamá el chiste del ciempiés?

—¡Oh, sí, tío Jess...! ¡Lo que se va a reír!

—Ése es el gran truco de la vida, querida: reír siempre, ser siempre, siempre, siempre muy feliz...

CAPÍTULO V

—Veamos eso del marino barbudo, Harris.

Se dejó caer en el asiento de detrás de su mesa y miró al detective, que asentía. Thompson estaba sirviendo café en tres tazas.

—Los compañeros qué usted destinó para ese menester, han estado toda la mañana haciendo preguntas por los alrededores de la casa de Mansfield, y eso es lo que han podido averiguar. Parece ser que entre las cinco y seis de la tarde, un marino barbudo estuvo paseando por allí.

—¿Entre las cinco y las seis? No parece que eso vaya a servirnos de gran cosa. Por otra parte, ¿quizá entró o tan sólo estuvo muy cerca de la casa?

—Cerca sí estuvo, pero nadie le vio entrar..., si es que lo hizo, claro.

—Claro. ¿Alguien conoce a ese barbudo?

—No. Nadie le había visto nunca antes.

—¿Cuál es la descripción exacta que han informado nuestros compañeros?

—Era un tipo alto, más bien grueso, barrigón, llevaba pantalones y chaquetón de color azul oscuro, un jersey a rayas horizontales, blancas y azules, y una gorra también azul oscuro. Y tenía una gran barba.

—Y llevaba lentes de sol —recordó Thompson, colocando una taza frente a su jefe.

Bannister bebió un sorbo de café, ofreció cigarrillos y ya fumando quedó pensativo. Un marino alto, barbudo, con lentes... A las cinco o seis de la tarde. Movi6 la cabeza.

—Bueno, pero ¿qué hizo por allí ese marino? —inquirió.

—Nada, que se sepa. Al parecer, simplemente pasó. Fue a algún sitio y volvió, en dirección al embarcadero. Por allí hay bastantes

tipos así, señor.

—Sí, pero deben conocerlos, ¿no?

—A éste no le conocían. Bueno, al menos no lo conocían las personas que le vieron. Bannister hizo un gesto de fastidio.

—¿Alguien se ha acercado a la casa? ¿Ha sido vista alguna otra persona que llamase la atención por cualquier motivo?

—No, señor. Nuestros compañeros preguntan si continúan investigando o regresan a Londres.

—Que regresen —se encogió de hombros Bannister—. Es seguro que ya no encontrarán a nadie más a quien preguntar. Ah, Harris, dígales que pasen por el gabinete técnico y que dicten a cualquier dibujante las características de ese marino.

—Sí, señor... ¿Cómo le ha ido por la casa de la víctima, señor?

—Todavía no lo sé. —Bannister sacó las hojas de la libreta de notas de Douglas Hartley—... Voy a ordenar un poco esto. Ah, Thompson, llame a un notario, a un tal Frank Cunningham: 88, Gresham Street. Al parecer, atendía los asuntos testamentarios de Norma Gladstone. Pregúntele si puede recibirme dentro de... una hora.

—Sí, señor.

Harris salió del despacho, y Thompson comenzó a buscar en la guía el teléfono del notario Frank Cunningham. Byron Bannister se abstrajo de todo, excepto de los papeles que tenían anotadas nombres y direcciones. Pasó éstas a una cuartilla, por orden alfabético de personas, anotando debajo la dirección de cada una.

Luego, tomó otra cuartilla y procedió a ordenar los datos obtenidos.

DOUGLAS Y MERLE HARTLEY: coartada, pero comprobar.

JOHN EDGETON: coartada, pero comprobar.

LILIAM AIKEN: dudosa Investigar.

ALBERT CRONWELL: coartada, pero comprobar.
(Investigar tres empleados mencionados aparte).

FANNIE WOLFE: dudosa. Investigar.

ELMER BROOKS: familia; comprobar discretamente.

ROBERT GARRISON: familia; comprobar discretamente.

SEYMOUR HECHT: investigación rutinaria. No tiene

temperamento para preparar asesinato. NOTA: Todos sabían que Norma Gladstone murió.

NOTA: Jess Mansfield: investigar personalmente.

NOTA: Un marino barbudo.

PREGUNTA: ¿Cómo fue provocado el colapso cardíaco a Norma Gladstone? ¿O esto es un disparate?

Por un instante, Byron Regresó a la realidad presente. Se quedó mirando a Thompson, que, frente a la mesa, esperaba.

—¿Sí, Thompson?

—El notario no contesta, señor.

—Mala suerte. Ya es demasiado que hayamos encontrado a los demás. Volveremos a ocuparnos de él el lunes por la mañana. Llame al Fantasy Cinema, o vea cualquier cartelera: quiero saber si están proyectando estos días la película «Jonathan Livingstone Seagull».

—Ah, Juan Salvador Gaviota... He leído el libro. Es formidable.

—Sí... Yo también lo he leído. Si se prestase atención a lecturas como ésa, seguramente nadie asesinaría a nadie.

—Entonces nos quedaríamos sin trabajo, señor —sonrió desganadamente Thompson.

—Estoy seguro de que encontraríamos algo mejor que perseguir criminales. Pero, puesto que existen...

Regresó su atención a lo escrito. Era inevitable que se fijase de modo especial en Fannie Wolfe y Lilliam Aiken, las «dudosas». Pero, seguramente, como solía ocurrir, sería las que mejor podrían demostrar lo que en principio parecía indemostrable. ¿O no? Debía tener en cuenta que, según su teoría, habían entrado DOS personas en la casa de Jess Mansfield; una de las personas, al parecer, preparándolo todo para que las sospechas recayesen sobre Jess Mansfield. La otra, borrando esas evidencias o intentándolo.

Byron Bannister quedó como flotando entre nubes. Fannie Wolfe no era precisamente simpática; un poco marimacho, áspera. ¿Podía haber tomado la decisión de matar a Norma Gladstone para evitar que se firmase aquel contrato que quizá arruinase su propio negocio subsidiario de la Gladstone? Habría sido una buena jugada, sin duda; muerta Norma sospechoso Jess. Perfecto. ¿Y Lilliam Aiken? Era preciosa, tan juvenil, tan delicada, tan femenina... Sin duda todo lo opuesto a Norma Gladstone. ¿Era descabellado suponer que Lilliam y Jess tenían relaciones sexuales... muy discretas, sí?

Incluso podrían estar enamorados. En cuyo caso, si Lilliam se dio cuenta de lo que tramaba Fannie Wolfe, pudo intervenir para borrar las pruebas circunstanciales contra Mansfield. Aunque también se podía pensar que Lilliam Aiken, tan... angelical ella, se había llegado desde Londres a la casa de Mansfield precisamente para asesinar a Norma... Pero entonces, claro, no habría hecho nada que acusase a Mansfield. ¿O era que como había pensado, todo estaba preparado precisamente así?

Tomó otro papel y anotó los movimientos de Jess Mansfield desde que tomara el transbordador en Calais, Francia. Había cosa de una hora que podía considerarse en blanco pero era de cinco a seis. Nada, no servía. Por otra parte, ¿cómo habría de tener tiempo Mansfield de ir de Faversham a Shoeburyness, aunque tuviese otro coche esperando cerca de allí? Tenía que llegar a Londres, y regresar, ahora viajando por la margen izquierda del Támesis... Imposible...

La idea surgió de pronto en la mente de Bannister, aunque se dio cuenta de que había estado allí en todo momento: los dos maridos anteriores de Norma Gladstone. ¿Dónde estaban ahora, qué hacían, qué clase de relaciones se habían definido entre cada uno de ellos y Norma después del divorcio?

Alzó la cabeza. Harris entraba. Thompson le estaba mirando de nuevo, esperando.

—Todo en marcha, señor —dijo Harris.

—Bien. ¿Thompson?

—Esta semana, en el Fantasy, están proyectando Juan Salvador Gaviota, sí señor.

—Era de suponer. Tengo un trabajo muy malo para ustedes dos. Bueno, en realidad, tengo trabajo para todo el equipo —mostró la hoja donde había anotado las coartadas de los personajes—, pero hay algo que quisiera hacer antes de seguir adelante con estas personas. Sí... Creo que será mejor hablar antes con el notario señor Cunningham e investigar dos personas que hasta ahora no han sido... tenidas seriamente en cuenta. Me refiero a los maridos anteriores de Norma Gladstone.

—Son dos buenos focos de sospecha —admitió Harris—. Pero ¿qué ganaría cualquiera de ellos con la muerte de la señora Mansfield?

—No lo sé. Tendremos que esperar a ver al señor Cunningham, con la esperanza de que éste quiera adelantarnos información sobre el testamento de la víctima. Pero mientras tanto, vamos a definir perfectamente las posiciones de todas las personas. Las señoritas Aiken y Wolfe han presentado una explicación dudosa, y habrá que definirla mejor. De eso me encargaré yo. Ustedes tendrán que localizar a los dos maridos anteriores, y saber dónde estaban el viernes a las dieciséis horas... Y a qué se dedican, dónde están... Se llaman Walker y Fuller, no sé más..., pero alguien debe saberlo.

—El señor Mansfield, seguramente.

—No creo. Más bien, si podemos conseguir información en ese sentido, tendrá que proceder de la señorita Hartley, la sobrina de Norma Gladstone. Ella, igual que conoce al tercer marido, debió conocer a los otros dos..., y quizá pueda ayudarnos a localizarlos. La señora Hartley está ahora en casa de su tía, en Kensington Square.

—¿La llamo? —señaló Thompson el teléfono.

—Mmm... No, no. Será mejor que vayan personalmente allá. Vean si hay alguien más, aparte de las personas de esta lista, en cuyo caso, infórmense de quiénes son, y qué relación las unía a Norma Gladstone. Como comprenderéis, el círculo de sospechosos tiene que ser mucho más amplio que el contenido de estas listas. Amplísimo... Al parecer, nadie quería a Norma Gladstone.

—Mala cosa, señor. Ésta puede convertirse en una de esas investigaciones sin fin. Bueno —carraspeó—, quiero decir que puede prolongarse mucho, claro está.

Byron miró hacia Harris mientras hablaba, y desvió la mirada hacia Thompson cuando éste tomó la palabra.

—Quizá la cosa sea mucho más simple: el marido. Quiero decir, el actual, claro está. Los otros dos no tienen nada que ganar, lógicamente.

—Tampoco Jess Mansfield tiene gran cosa a ganar —murmuró Byron—, aparte de unas diez o quince mil libras.

—Hay quien ha matado por menos —apuntó Harris.

—Sí, pero no cuando tenía más. Quiero decir que para Jess Mansfield su mujer era... la gallina de los huevos de oro. Aunque a regañadientes, ella le daba todo lo que le pedía. Precisamente, estos días, al formalizar el contrato con esa firma francesa, le iba a

comprar un coche nuevo que ya costaría las diez mil libras. Además de que Mansfield le sacaba todo lo que quería, tenía dinero, viajaba... Y podía divertirse con muchachas... alegres y lustrosas. Otra cosa sería si ella le dejase, por ejemplo, cien mil libras. Eso ya es una cantidad a tener en cuenta.

—Quizá se las deje —insistió Harris—. Eso no lo sabremos hasta que usted hable con el notario.

—No —negó Bannister—. Ya verá como solo deja esas diez o quince mil libras. Y sin embargo...

Quedó en silencio, pensativo. Harris y Thompson esperaron en vano que su jefe terminase la frase. Y cuando Harris se disponía a decir algo, sonó el teléfono interior. El propio Harris atendió la llamada.

—Despacho del inspector Bannister.

—...

—Sí, señor. Se pone enseguida —tendió el auricular a Byron—. Es el superintendente.

—Bien. Vayan a lo suyo... O mejor, esperen un momento... ¿Diga, señor?

—...

—Sí, señor, estamos en ello. Tengo movilizado a todo un equipo, entre Londres y Shoeburyness. Pero me ha parecido conveniente recuperar a los hombres de Shoeburyness. Todo lo que han conseguido es averiguar que merodeó por allí un marino robusto y barbudo, entre las cinco y las seis. Suele haber muchos marinos así por esa localidad costera, de todos modos.

—...

—Desde luego, tampoco la hora nos interesa.

—¿...?

—He confeccionado una lista de supuestos sospechosos y tenía pensado que todo el equipo trabajásemos con ella. ¿Quiere que se la lleve a su despacho, señor?

—...

—Muy bien. Sí... Gracias, señor. Adiós —colgó y sonrió ceñudamente, mirando a sus hombres—. Nuestro estimado superintendente se preocupa por nosotros; es de la opinión de que vamos a conseguir muy poca cosa trabajando lo que resta del sábado, y menos todavía mañana domingo. Y seguramente tiene

razón. De modo que todo lo que haremos hasta el lunes será esto: ustedes vayan a enterarse de dónde paran los maridos anteriores, y yo... Bueno, ya encontraré algo que hacer.

Eran más de las siete de la tarde cuando llegó el «Ford» modelo «Fiesta» y se detuvo a unos treinta metros del coche de Byron Bannister. Había anochecido ya, de modo que Byron no tuvo que hacer el menor esfuerzo para ocultarse en el interior del coche. Simplemente inmóvil, estuvo mirando a Lilliam Aiken mientras ésta salía del «Ford» y luego se dirigía al edificio donde tenía su apartamento.

Byron esperó solamente tres minutos antes de apearse de su coche y dirigirse hacia el edificio. Un minuto más tarde, pulsaba el timbre de la puerta

2-B,

en el segundo piso. Y tan sólo tres o cuatro segundos más tarde, la puerta se abrió.

El gesto entre preocupado y sonriente de Lilliam se transformó incontinentemente en uno de sorpresa, casi de sobresalto.

—¡Inspector...! —exclamó.

—Buenas tardes, señorita Aiken. ¿Puede recibirme unos minutos?

—Pues... Sí, claro... Pase...

—Gracias. —Bannister la miró mientras cerraba la puerta—. Espero no molestar...

—No... No, no.

Lilliam cerró un poco el escote del vaporoso y elegante salto de cama que se había puesto y que permitía distinguir el contorno de su esbelta figura. Entre las ingles, destacaba el oscuro triángulo del vello del sexo, y, prácticamente, pese al gesto de la muchacha. Byron le estaba viendo los senos en su totalidad: los pezones menudos se marcaban en el fino tejido.

—Me ha parecido que esperaba a otra persona —dijo no poco amable Byron—, de modo que procuraré no prolongar mi visita. Aunque quizá estoy equivocado...

Lilliam no contestó. Señaló hacia el interior del apartamento. Poco después, tras señalar un sillón a Byron, se sentó. Byron lo hizo acto seguido, frente a la modelo, mirándola sin descaro, pero sin

reservas. Tenía unas piernas preciosas.

—Es un apartamento muy agradable y acogedor —comentó.

—Gracias. ¿Qué quiere de mí, inspector?

—La verdad es que temía no encontrarla en casa. Pensé que quizá pasaría la noche en Kensington Square.

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó un tanto fríamente la preciosa Lilliam—. En primer lugar, Norma ha sido llevada a una funeraria, y yo no tengo nada que hacer allí. Y tampoco en su casa... No vale la pena perder una noche de sueño por ella, desde luego. Ya he cumplido mi... obligación social estando allí esta mañana.

—¿Los demás también se han marchado?

—Sí. Sólo han quedado los Hartley y Jess. Bueno, ahora están todavía en la funeraria, pero creo que a las ocho dan por terminado el horario de recepción de condolencias, y regresarían a su casa... ¿Ha venido a preguntarme esto?

—No, no. Sólo he venido a aclarar un punto de su declaración de esta mañana... Usted dijo ayer, de tres a cinco, estuvo en el Fantasy Cinema, viendo la película Juan Salvador Gaviota..., ¿no?

—Sí... Sí, eso hice.

—Bueno, señorita Aiken, me parece que no es usted demasiado exacta. He pasado hace un par de horas por el Fantasy y me han dicho que ayer no hubo función en todo el día; al parecer, hubo una importante avería en la cabina el jueves, y durante todo el viernes la estuvieron reparando.

Byron miraba fijamente a Lilliam. La vio palidecer, bajar la mirada y quedarse así, silenciosa, inmóvil.

—¿Quiere un cigarrillo? —ofreció amablemente Byron.

Lilliam asintió, moviendo la cabeza. Byron encendió dos y le tendió uno. Ella le miró a los ojos, vio la amable mirada y sonrió tímidamente.

—Siento haberle mentido —murmuró.

—No debe preocuparse, estoy acostumbrado. De todos modos, espero que esta vez no lo haga. ¿Dónde estuvo?

—Es que... preferiría no decírselo. Byron mantuvo su gesto amable.

—¿Le ayudaría saber que ya he estado hablando con Jess?

—¿Con Jess Mansfield? No comprendo.

—Está lejos de mis propósitos cualquier intento de malicioso cotilleo, señorita Aiken, pero podemos conversar sobre Jess Mansfield si le parece. Es un muchacho muy apuesto y simpático, ¿no?

Lilliam sonrió de pronto, alegremente.

—¡Sin la menor duda! —exclamó—. ¡Jess es el hombre más... amable y cariñoso que he conocido en mi vida! Cielos, es un encanto de hombre...

—La noto muy entusiasmada.

—¡Y con motivos! Suerte ha tenido últimamente esa bruja de Norma de tener a Jess a su lado. De otro modo, muchos de nosotros habríamos abandonado la Gladstone. Pero allí estaba Jess, siempre con la palabra amable, las explicaciones oportunas, la broma adecuada, las palabras cariñosas... ¡Norma no se merecía ni una mirada de él!

—Son puntos de vista. Algunas cosas de las que hacía Jess Mansfield no podían gustar a su esposa.

—¡Oh, sí...! ¡Desde luego...! A ella no le gustaba que bromease con las modelos, que nos trajese champaña de París que hiciera anticipos a los empleados, que les diera un día de fiesta si se lo pedían por causa justificada, que se quedase con aquellos que por una u otra causa debían quedarse hasta muy tarde a trabajar... ¡Claro que no le gustaban esas cosas! ¡Bruja!

—No me refería a eso —se endureció Byron para no dejarse amansar—, me refería a la afición de Jess por las chicas jóvenes y bonitas, naturalmente.

—¿La qué? —Se pasmó Lilliam.

—Señorita Aiken tengo casi la certidumbre de que usted no quiere decirme dónde estuvo realmente después de la una porque quizá acudió a Dover al encuentro de Jess Mansfield con su coche.

El gesto de pasmo de Lilliam Aiken se desorbitó. De pronto para sorpresa de Bannister, soltó una cristalina carcajada.

—¡Oh no! —exclamó—. No diga que piensa eso de Jess y de mi...

—Ha sido sólo una idea, basada en las aficiones de Jess Mansfield, que él mismo me confesó. Parece ser sincero, me pareció bastante lógico que él tuviese... asuntillos discretos con algunas chicas.

—¿Jess le dijo eso? ¿Le dijo que conmigo o con otra...?

—No, no, por favor. Él no mencionó nombre alguno, señorita Aiken. La... candidatura de usted se me ha ocurrido a mí.

—¡Esto es divertidísimo! Mire, inspector, piense usted lo que quiera..., menos que Jess engañaba a Norma.

¡Jamás lo hizo! Ni conmigo ni con ninguna otra chica de la Gladstone...; ni fuera de la Gladstone. Ya le he dicho que Norma no se lo merecía.

—Bueno, no pretendo entablar una discusión, pero el propio señor Mansfield me dijo...

—¡Fanfarronadas! Oh, entiéndalo, no es que Jess no pudiera haberse acostado con cualquiera de las chicas que él hubiera elegido, no es eso... ¡Todas habríamos aceptado encantadas, todas están locas por él! Pero saben perfectamente que de eso, nada.

—¿Incluida usted?

—Incluida yo. Realmente, ¿qué opinión tiene usted de Jess?

—Pues la que él me ha facilitado con sus palabras y con su comportamiento general, naturalmente.

—Sin duda lo ha hecho para divertirse un poco con usted. Aparte de que su vanidad le habrá llegado a decir que se acuesta con todas las chicas del mundo. ¿No es así? Mire, más fáciles que ha tenido y tiene a las de la Gladstone no puede tener otras. Y siempre ha escurrido el bulto. De veras: Jess nunca engañó a Norma, eso son cosas que se habrían sabido.

—Pero, entonces, ¿por qué me dijo él que sí?

—¡Y yo qué sé...! Como no fuese por vanidad mal entendida, o para divertirse un poco. No sé. Vamos... Jess no haría una cosa así, inspector. Y no por respeto a Norma, sino por respeto a sí mismo. Es... un nombre extraño en ese aspecto. Se casó con Norma por el dinero de ella, de acuerdo. Y como ella cumplía su parte, él cumplía también la suya a rajatabla. Es una cuestión de principios, incluso, si quiere, de satisfacción y orgullo personal.

—Está usted hablando en serio, claro.

—Totalmente en serio. Jess Mansfield es..., ¿cómo se dice?..., una persona íntegra. Íntegra. ¿Está bien así? Byron parpadeó y asintió.

—Pero, entonces, ¿dónde estuvo usted?

—Estuve con una persona, aquí, todo el tiempo desde que salí a

la una de la Gladstone. Jess lo sabía, pero nunca dijo nada. Sólo nos enteramos de que sabía lo nuestro cuando llamó aquí para informar de lo sucedido a Norma y me pidió que avisara a la otra persona.

—¿El señor Hecht, quizá?

—¡No! —rió Lilliam—. ¿Quiere un *whisky*, inspector?

—Preferiría saber quién es la otra persona, y de este modo tacharé a dos de mi lista de personas a tener en cuenta.

—¡Con qué elegancia ha esquivado usted la palabra «sospechoso»! Se ha ganado un *whisky*. ¿O no bebe usted?

Byron miró su reloj.

—Considerando la hora que es, y que oficialmente estoy fuera de servicio, puedo beber. Es usted muy amable.

—¡Y usted encantador! Su esposa debe pasarlo estupendamente... en todos los sentidos. ¡Casi es tan guapo como Jess!

—Caramba —sonrió hoscamente Byron—, ¡eso es todo un elogio! Lilliam Aiken volvió a reír, se puso en pie y salió del saloncito señalando hacia el mueble bar.

—¿Quiere sacar el *whisky*, por favor? Voy a por cubitos.

Byron Bannister se acercó al mueble bar, lo abrió y sacó la botella de *whisky* y dos vasos. Se sorprendió al encontrarlo todo ligeramente caliente. Luego, vio pegado al mueble el radiador de la calefacción, y movió la cabeza. Cuando Lilliam regresó con los cubitos. Byron señaló al mueble bar.

—Debería cambiarlo de sitio; está demasiado cerca del radiador..., que por otra parte quizá ya no sea necesario utilizar, en este tiempo.

—Soy muy friolera —sonrió Lilliam—. ¿Uno o dos?

—Dos.

La modelo echó dos cubitos en un vaso y tres en otro. Byron echó encima sendas prudentes dosis de *whisky*. Lilliam agitó su vaso circularmente.

—Así se derrite antes el hielo —explicó, divertida.

—Sobre todo en *whisky* caliente. A su salud, señorita Aiken.

—¡Gracias! —rió ella—. ¡A la suya!

Estaban bebiendo cuando, nítidamente, llegó hasta ellos el sonido de una llave en la cerradura. Byron miró hacia la puerta del saloncito, y luego Lilliam, que bajó la voz, maliciosa.

—Ahora lo sabrá todo, inspector —susurró—, no diré que no soy amable con usted.

—Amabilidad por amabilidad, señorita Aiken —susurró también el policía, sonriendo irónicamente—, no es cierto que ayer no hubiese función en el Fantasy, ha sido una treta mía, un disparo al azar.

—Ya no importa. Venga.

Le tomó de la mano libre y lo llevó junto a la puerta del salón. En el pasillo se oían ya las pisadas de la persona que había entrado en el apartamento. Unas pisadas de tono tan peculiar que le hicieron fruncir el ceño a Byron y, acto seguido, le provocaron un gesto de sorpresa.

Fannie Wolfe apareció en la puerta del salón, donde esperaba Lilliam Aiken, sonriente. Todavía sin poder ver a Bannister, Fannie Wolfe dijo:

—Estás preciosa, querida...

Abrazó a Lilliam Aiken por la cintura, la atrajo hacia ella y la besó en la boca. Petrificado, Byron Bannister estuvo mirando las dos bocas femeninas unidas y vio las manos de Fannie Wolfe recorriendo el cuerpo de Lilliam, acariciando sus caderas, los pechos y terminando por introducir la mano hacia sus muslos.

El hombre de Scotland Yard pasó junto a las dos mujeres, dejó el vaso de *whisky* en la consola del recibidor, abrió la puerta y se marchó.

CAPÍTULO VI

No hacía ni diez segundos que había cerrado la puerta de su apartamento cuando sonó el timbre; Recogió la chaqueta, volvió a ponérsela y fue a abrir.

Esta vez, Byron Bannister soltó un tremendo respingo.

Tal como había barruntado, era su vecina, la señorita Allister. Llevaba un par de zapatillas de tacón alto, un pantalón de pijama tipo Bermudas o algo así, y nada más. La súbitamente desorbitada mirada de Byron Bannister tuvo que ir, irremediablemente, hacia el par de hermosísimos pechos que se ofrecían desnudos y vibrantes ante sus ojos. Luego, alarmado, miró el vaso que Deborah Allister sostenía en alto.

—¡Hola! ¡Hip! ¡Brindo... hip... por su regreso! ¡Hip!

—Se... señorita Allister...

—¡Viva el enterra... hip... enterrador!

—Dios mío... Pase... ¡No, no pase!

Salió él de su apartamento, quitó el vaso de la mano de la muchacha y la tomó de un brazo, tirando de ella hacia su apartamento.

—¡Vivan los muertos! —gritó Deborah—. ¡Hip!

Y se echó a reír. Byron se congratuló una vez más de que sólo hubiese dos apartamentos en el último piso del edificio. Casi corriendo, y poco menos que arrastrando a la muchacha por el pasillo, llegó al apartamento de ella, entró y cerró. Soltó un resoplido de alivio, dejó el vaso de *whisky* en el suelo, y volvió a agarrar a Deborah por un brazo...

—¡No me toques, gusano! —exclamó ella—. ¡Eres un... hip... gusanito... encant... hip... tador...!

Byron continuó tirando de la muchacha, hacia el cuarto de baño. Entró él primero, pero cuando quiso obligar a entrar a Deborah ésta se aferró a ambos lados del marco.

—¡Ya me he bañado antes, Salomón! ¡Estoy bañada y per... hip... fumada! ¡Huele!

Le metió una mano bajo la nariz, casi golpeándole. Luego se echó a reír, dio una grácil vuelta, y regresó corriendo por el pasillo. Bannister la alcanzó en la puerta de la salita, y la hizo girar bruscamente... Los senos de Deborah quedaron bailando espléndidamente ante sus ojos.

—Está borracha —masculló desabridamente Byron—. ¿Qué demonios le ha ocurrido?

—¿Te gustan mis tetitas? ¿Eh? ¡Hip! ¿Te gustan... mis... tetitas bailonas, sin ver... hip... vergüenza?

—Cielo santo. —Byron se llevó las manos a la cabeza—. ¡Póngase algo mientras preparo café! ¡Vamos, señorita Allister! No se da usted cuenta de lo que está haciendo...

—¡Que te crees... hip... tú eso, enterrador... de ilusiones...! ¡Hip! ¡Si yo vivo, es por tiiii..., es por tiii, es por tiii...! ¡Si tú vives es por miiii...! ¡Hip! ¡Vamos a volar!

Dio la vuelta, como una danzarina y corrió hacia la terraza. Byron la alcanzó de nuevo cuando había conseguido abrir una de las hojas de la puerta. La cerró tras apartar a la muchacha, que estaba dando vueltas de nuevo por toda la salita, como una mariposa a punto de emprender el vuelo y riendo.

Byron corrió hacia ella, pero Deborah se colocó iras el sofá, y lo miró desafiante.

—¡No me pillas, Salomón! ¿A que no? ¡Vamos, píllame! ¡Si me pillas te dejo que me beses... donde tú quieras!

—Señorita Allister, se va usted a caer, y puede lastimarse... Vamos, venga conmigo. Tiene que...

—¿Te gustaría en las tetitas? ¿O no te gustan mis tetitas? ¡Contesta, Salomón!

Byron miró los magníficos pechos y asintió:

—Sí me gustan —gruñó—. Mucho, son preciosas.

—¿Y mi boquita? ¡Hip! ¿Eh?

—También. Muchísimo, de veras.

—¿Y qué más te gusta... hip..., sinvergüenza?

Byron había rodeado el sofá, y saltó sobre ella, pero la señorita Allister esperaba el ataque, y estaba prevenida. Giró, se alejó y giró de nuevo, con las manos alzando los espléndidos cabellos y

gritando:

—¡Yu-hú

yu-hú,

yuuu-húuuuu...! ¡Pichonciiiiitooooo...!

—La madre que te parió —masculló Byron, en español, sin darse cuenta.

Se dejó caer con gesto furioso en un sillón, y quedó con la mirada fija en el suelo. Bueno, ¿y por qué demonios estaba él allí? Todo lo que tenía que haber hecho era empujar a la muchacha dentro de su apartamento, cerrar y volver al suyo a descansar. ¿Por qué demonios había tenido que entrar allí? Bueno, la respuesta era sencilla, realmente: si dejaba a la señorita Allister que siguiera bebiendo, era capaz de cualquier cosa... ¡Menuda borrachera! ¡Quién lo habría dicho de ella!

Respingó cuando, de pronto, Deborah Allister se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello.

—¿A cuántas personas has... enterrado hoy? —tartajeó.

Los senos habían quedado ante los ojos de Byron. Éste dejó de mirarlos, para mirar los grandes ojos que le contemplaban expectantes y sonrientes. Le había llegado la vaharada de *whisky*, pero, también, el delicado aroma de un perfume. La mezcla le pareció nauseabunda.

—A quinientos —gruñó.

—¡Oh! ¡Quinientos mertecitos...! ¡Pobres! ¡Con lo vivos que estamos nosotros! ¡Hip!

—Usted, no demasiado. Puede darle un infarto, ¿sabe?

—¡Claro que no! ¡Tengo un corazón... hip... fuerte como el de un caballo! ¡Escúchalo!

Le cogió una mano, y se la puso sobre el seno izquierdo. Estaba tibio, y era finísimo, duro, elástico. Byron Bannister notó en la palma de la mano la turgencia del pezón, y sintió como un martillazo en la cabeza.

¡Vaya con las «tetitas»! ¡Eran...!

—¿Lo oyes?

Se sobresaltó de nuevo. Sus pensamientos se habían desviado demasiado.

—No —gruñó.

—A lo mejor está en la otra tetita... ¡Búscalo!

—Mire, señorita Allister, un café bien carg...

Ella bajó la cabeza, y lo besó en la boca. Bannister quedó petrificado. El olor a *whisky* lo dejó patitieso, y acto seguido notó el gusto, cuando ella introdujo la lengua en su boca. Intentó apartarla, pero Deborah Allister se abrazó con más fuerza a su cuello, y lo besó más intensamente. Byron dejó caer la mano con la que oprimía su seno izquierdo y se estremeció cuando la notó en un muslo de ella. Un muslo macizo, rotundo, tibio.

La cabeza comenzó a hinchársele. Sí, como un globo... Un globo que se iba llenando de aire caliente. Deborah dejó de besarle, y quedó abrazada a él, con la cabeza entre su hombro y su cara.

—Si me da... ¡hip!, un infarto..., quiero que me entierres tú... ¡Hip!

Bannister intentó de nuevo ponerse en pie, pero ella apretó más el abrazo y le dio un mordisco en el cuello. El oyó el profundo suspiro y notó el estremecimiento de todo el cuerpo de ella. Ya no intentó nada más, quedó inmóvil. Apenas medio minuto más tarde, sentía en su cuello la profunda respiración caliente de Deborah Allister.

—A ver cómo me levanto yo ahora de aquí —masculó Byron.

Pero lo consiguió, siempre con la muchacha en los brazos. Segundos después la dejaba en la cama, se las arregló para deslizar la ropa bajo ella, y se dispuso a taparla. Se quedó mirando primero los preciosos pechos y luego el rostro. Deborah tenía la boca entreabierta, de modo que se veían sus blanquísimos dientes; estaba preciosa hasta la exageración.

Byron Bannister ni siquiera concedió beligerancia a sus turbios pensamientos. Tapó a la muchacha, estuvo unos segundos mirándola vacilante, y, por fin, fue a sentarse en la butaca que había ante la ventana.

Un infarto. Sí, una persona podía morir de un infarto al ingerir excesiva cantidad de alcohol, pero era perder el tiempo tan sólo de pensar en ello, ya que si hubiese habido alcohol en el cuerpo de Norma Gladstone, lo habría mencionado en su informe el doctor Parkinson. Nada de alcohol. Nada de borrachera, nada de eso.

Y sin embargo, él SABÍA que Norma Gladstone había sido asesinada. Sí, había muerto de un colapso cardíaco, pero había sido provocado por algo o por alguien. De modo, ¿a qué tanto preparar

un escenario con indicios contradictorios? Y volvió a su pensamiento obsesivo: ¿había sido preparado todo así, contradictoriamente, de modo premeditado?

El golpe en la parte posterior de la cabeza.

Y sobre todo, las señales en el cuello, aquellos pequeños pellizcos. El golpe podía explicarse de muchas maneras, pero aquellas señales..., ¿de qué eran, qué significaba aquella especie de... collar de pellizquitos? Ninguna mujer se pondría un collar que...

Abrió los ojos, de pronto:

Deborah Allister estaba sentada en la cama, con la ropa de ésta subida hasta la barbilla, y le miraba con los ojos muy abiertos, fascinados, hieráticos. Byron se removió en el sillón para quedar debidamente sentado, maldiciendo en su interior por haberse quedado dormido. ¿Qué maldita hora era? Miró su reloj: las cuatro y media de la mañana, cielos...

—¿Qué ha pasado? —gimió Deborah, con voz chirriante. Byron frunció el ceño.

—Se emborrachó usted.

—Dios mío... ¡Oh, mi cabeza!

—Ya es bastante suerte que la conserve entera: quiso usted salir volando por la terraza... ¿Cómo se encuentra?

—No sé... Mal... Me duele la cabeza...

—Es natural. ¿Le repugna oír la palabra «leche»?

—No... No.

—Entonces, si yo fuera usted, tomaría un vaso de leche tibia y un par de aspirinas. ¿Quiere que le caliente la leche?

—Bueno... Sí, gracias.

Cuando Byron regresó con la leche y un par de aspirinas, Deborah continuaba en la misma postura, perdida la mirada. Al ver aparecer a Byron, se sonrojó.

—Debía estar horrible, tan borracha...

—La verdad es que no. Tómese esto. Y por la mañana, sólo jugo de frutas.

—Sí... Sí, gracias, señor Bannister...

Se bebió la leche, que utilizó para empujar las dos aspirinas garganta abajo. Byron tomó el vaso, lo dejó en la mesita de noche y la miró amablemente.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, un poco... ¿Qué... qué pasó?

—No se preocupe.

—Me... me gustaría saber...

—No pasó nada. Estaba usted muy juguetona. Me llamó enterrador y Salomón..., además de sinvergüenza: Y no soy ninguna de esas tres cosas. Soy inspector de Scotland Yard.

—Dios mío...

—Tranquila: no la meteré en la cárcel por esto. Creo que debería dormir. Y procure taparse bien las tetas, no vaya a resfriarse.

Los ojos de Deborah se abrieron mucho de nuevo, fijos en Bannister, que sonreía socarronamente.

—Le... le besé, ¿verdad? —susurró.

—Todos tenemos algo de que arrepentimos.

—Me parece... que no me arrepiento. ¿Qué más pasó?

—Bueno, estaba empeñada en que me gustaran sus tetas bailonas. Y en eso llevaba ya mucho terreno ganado: me gustaron desde la primera vez que las vi. ¿Algo más, señorita Allister?

—Sí... ¿No querrías quedarte?

Byron Bannister se quedó mirando aquellos enormes ojos bellísimos. Ella se tendió completamente, sin dejar de sostener su mirada, y olvidándose de sostener la ropa de la cama hasta su barbilla. Byron Bannister se desnudó, y se tendió en la cama junto a la muchacha, que se abrazó a él y suspiró:

—Me duele la cabeza...

—Te encontrarás mejor cuando despiertes —él metió su mano entre la resplandeciente mata, de pelo alborotada—. Ahora, duerme.

—Sí... Buenas noches, Byron.

—Buenas noches, Debbie.

Percibió el olor de café al mismo tiempo que, al abrir los ojos, veía a Debbie sentada en el borde de la cama. Llevaba la misma indumentaria que cuando la borrachera, de modo que no podía decirse que la primera visión fuese desagradable para Byron Bannister aquel día.

—He preparado café para ti y jugo de frutas para mí —dijo ella—. Buenos días, Byron.

—Buenos días, tetas bailonas... ¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Hace sol. ¿De verdad eres inspector de Scotland Yard?

—De verdad.

—Cielos...

—¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente. ¿Sabes qué pasó?

—Sí, te emborrachaste a lo grande.

—Fue por culpa tuya: No sabía cómo decirte que estaba loca por acostarme contigo, y mientras esperaba que volvieras me dije que podía darme valor con un traguito. Estaba dispuesta a no dejar pasar otra noche sin decírtelo. Y bebiendo, pues... Bueno, cuando te oí volver me dije que de ésta no te escapabas. Y como ya no sabía bien lo que me hacía, pensé que te gustaría ver mis tetitas. ¡Debiste quedarte patitieso!

—Lo que más me admira es tú valor. Bueno, si lo entiendo bien, todas estas semanas, simplemente, has estado acosándome.

—Sí —sonrió Debbie.

—Debí parecerte tonto —gruñó Byron—. ¿Te importa que tomemos más tarde el café y el jugo de frutas?

—No —susurró Debbie Allister.

—¿Seguro que ahora sabes lo que haces?

—Segurísimo —volvió a susurrar ella, deslizándose a su lado en la cama. Su boca ya no olía a *whisky*.

Y poco después, sintiendo en su pecho, el calor de las tetitas bailonas, Byron Bannister pensó fugazmente qué era el domingo mejor iniciado de toda su vida.

—A este café le falta un poco de azúcar —dijo Byron— deberías ir a pedirselo a tu vecino.

—No hace falta —rió Debbie—: ¡Siempre tengo de todo!

—Ya —la miró torvamente el policía— todo era parte de la telaraña que estabas tejiendo.

—¿Te disgusta?

Ahora, simplemente Debbie estaba desnuda. Byron la miró, todavía con cierta incredulidad. Debbie era tan bonita que era como tener resplandor de sol en casa... ¡Qué tontería!

—Me disgusta no haberme dado cuenta antes. Bueno, voy a hacer el papel de malo.

—¿Qué quieres decir?

—Ya verás.

Tan desnudo como Debbie, Byron se volvió en la cama, alcanzó el teléfono y lo puso sobre la cama. Marcó un número, ante la graciosamente expectante mirada de Debbie.

—Harris, soy Bannister. —Byron le guiñó un ojo a Debbie—. Siento molestarle a estas horas del domingo, pero...

—¡...!

—Ah, sí, ya son las doce, si... Bien, Harris, sólo voy a molestarle unos segundos: ¿supieron algo de los dos maridos anteriores?

—...

—Sí... Sí, sí... Formidable. Eso significa que ellos no pudieron intervenir en esto. Aunque de todos modos, mañana nos ocuparemos a fondo de esa parte de la investigación. Gracias, Harris.

—¿...?

—No, nada más. Siento haberle molestado.

—¿...?

—No, no, siga descansando.

—¿...?

—¿Yo? Seguramente saldré a dar un paseo por el campo... Sí... Hasta mañana, Harris, adiós —colgó, quedó pensativo unos segundos y miró a la siempre expectante Debbie—. ¿Te gustaría dar un paseo por el campo?

—¡Oh, cielos, síiii...! —gritó deliciosamente Deborah.

—Pues vistámonos los dos. Almorzaremos por ahí... ¿Dentro de quince minutos abajo, en el coche?

Debbie le besó en la boca, y corrió hacia el armario, riendo. Byron sintió una deliciosa sensación observando el grácil juego de las tetitas bailonas, y se dijo que era mejor salir de allí a toda prisa, o no saldrían al campo.

CAPÍTULO VII

Diecisiete minutos más tarde, ambos correctamente vestidos, si bien con atuendo deportivo, salían del establecimiento subterráneo, en el coche de Byron. Y, apenas estaba en la calle, el inspector de Scotland Yard puso gesto de pasmo, mirando hacia un coche estacionado frente al edificio, y junto al cual había tres hombres, conversando y fumando: Su asombro fue tal que Debbie lo notó tan sólo en el modo de conducir, y lo miró sobresaltada:

—¿Qué pasa? —exclamó.

—Nada... Nada.

Byron detuvo el coche junto al bordillo. Era un domingo claro, soleado, tibio, de aire transparente. No podía confundirse, los tres hombres que estaba mirando eran Robert Garrison, Elmer Brooks y Seymour Hecht, los socios de Norma Gladstone. Y los tres caminaban acercándose al coche. Todavía desconcertado, pero por supuesto sumamente interesado, Byron apretó el botón que bajaba el cristal de la ventanilla.

—Buenos días, inspector Bannister —saludó Hecht, con un gruñido.

—Buenos días, señor Hecht... señor Brooks, señor Garrison.

—¿Podemos hablar unos minutos con usted, por favor? —pidió Hecht, inclinando junto a la ventanilla y dirigiendo un veloz vistazo a Deborah.

—Pues... Sí, cómo no. ¿Me perdonas, Debbie?

Ella asintió, Byron se apeó y los cuatro subieron a la acera. El inspector miraba de uno a otro, cada vez más intrigado e interesado.

—Le hemos estado llamando por teléfono a su apartamento —murmuró Garrison—. Vimos su número en la guía... Y como no contestaba decidimos venir personalmente, por si teníamos la suerte de verlo. Pensamos que por ser domingo no querría usted saber

nada con el teléfono, y qué por eso no contestaba.

—No suelo hacer eso. Debo tenerlo estropeado.

—Claro... Su esposa es preciosa —dijo Hecht—. ¡Preciosa!

—Es usted muy amable, señor Hecht, le diré a Debbie lo que opina de ella. Le gustará.

—Sí, claro.

—A todas las mujeres les gusta que les digan cosas así —aseguró Garrison.

—Sobre todo, cuando lo merecen —apoyó Brooks.

La sonriente y al mismo tiempo ceñuda mirada del policía iba de uno a otro a medida que hablaban.

—Bueno, muchas gracias por sus elogios a Debbie... ¿Desean algo más?

—Creo que debo hablar yo —masculló Hecht—. Ayer me porté como un estúpido y debo rogarle que me perdone.

—Está usted perdonado, señor Hecht.

—Gracias. Mmm... Bueno...

—Elmer y yo le mentimos ayer —dijo Garrison— no estuvimos en casa con nuestras familias las horas que le dijimos.

—Ah.

—La verdad es, que estuvimos juntos los tres —dijo Hecht—. Y no estuvimos en ninguna de nuestras casas. Bueno, fuimos a un reservado, en un «*pub*», estuvimos algunas horas, después de almorzar, bebiendo y charlando, hasta más tarde de las siete.

—Ya.

—Los camareros del «*pub*» podrán confirmárselo —dijo Garrison—. Nos estuvieron sirviendo *whisky* toda la tarde.

—Les creo a ustedes, señor Garrison. Pero me gustaría saber por qué ayer me mintieron dos, y el tercero se negó a decirme nada, y en cambio ahora vienen a mi domicilio privado a darme una explicación adecuada. No es usual, espero que lo comprendan.

—Sí, desde luego. Mire, no queríamos decirle la verdad porque estuvimos conversando sobre Norma, haciendo planes para fastidiarle el contrato con esa firma francesa. Estábamos... planeando una jugada sucia para impedirlo, francamente. Queremos que sepa que esa... sabandija iba a fastidiar a mucha gente con ese contrato, así que queríamos impedirlo. Pero, claro, no nos gustó la idea de decir que estábamos preparando una jugada sucia estando

Jess delante. Él no se lo merece.

—¿No?

—Es un buen muchacho. Claro, se casó con Norma por el dinero, pero es un buen muchacho.

—¿Incapaz de matar una mosca? —murmuró Byron.

—Pues sí —sonrió Hecht—, así se les llama a esa clase de personas. No es fácil que un tipo que se casa con una divorciada millonaria se haga querer por los familiares de ésta, y por su círculo social, pero Jess lo consiguió fácilmente.

—Sin embargo, entiendo que se ha acostado con muchas de las modelos de la Gladstone —deslizó Byron. El gesto de asombro fue idéntico en los tres hombres.

—¿Quién? —exclamó Brooks—. ¿Jess? ¡Desde luego que no!

—Ah... Bueno, creí que...

—De ninguna manera —masculló Garrison—. Mire, es posible que el muchacho haya tenido alguna que otra aventurilla por ahí..., no olvidemos que de cuando en cuando va a París..., pero nada de tonterías en la Gladstone. Es más: nos sorprendería mucho que Jess se dedique a hacer el tonto por ahí.

Brooks sonrió ampliamente.

—La única mujer que tiene robado el corazón de Jess Mansfield —dijo divertido— no está a su alcance. Como el propio Jess dice, «es una estrella demasiado bonita y demasiado lejana».

—Caramba —movió la cabeza Byron—. ¿Y puedo saber quién es esa... estrella lejana?

—Sally Hartley —rió ahora Brooks, secundado por los otros dos socios—. ¡Esa niña le tiene robado el corazón, de veras!

—Lo comprendo —murmuró Byron—, es encantadora.

—¡Ya lo creo! Y sus padres también lo son. Douglas es un tipo formidable. Cuando Jess mostró su disgusto con ellos acabó admitiendo que tenía razón...

—¿Mansfield se disgustó con los Hartley?

—Después de irse usted, cuando se enteró de que ellos no habían sido sinceros respecto a los del notario.

—Ah, lo del notario... ¿No fueron sinceros?

—En realidad, Merle conoce el testamento de su tía.

—¿Ustedes no? ¿Ni Mansfield tampoco?

—Sólo Merle.

—¿Y ella no se lo ha dicho a nadie? ¿Ni siquiera a su marido? — se sorprendió Bannister.

—Ni siquiera a su marido.

—Entonces, no entiendo por qué Mansfield tuvo que enfadarse por el hecho de que la señora Hartley no quisiera decírmelo a mí.

—Jess dijo que usted no es ningún tonto, y que iba a investigarlo todo a fondo, y que podía ocasionarnos a todos muchos problemas. Bueno..., precisamente por eso hemos decidido todos sincerarnos con usted, ¿comprende? La verdad, no nos gustaría que la policía se presentase en nuestras casas preguntando si estuvimos allí, a qué hora llegamos, qué hicimos... Y además, claro, está el hecho de que, puesto que según usted. ¡Norma ha sido asesinada, todos debemos colaborar!

—¿Eso también es opinión del señor Mansfield?

—Sí, en efecto. Todos hemos llegado a la conclusión de que no debemos andar con mentiras... Y ahora que nosotros le hemos dicho dónde estuvimos, ya conoce usted la verdad. Los demás la dijeron, naturalmente.

—De donde se desprende, señor Brooks, que todos ustedes tienen una coartada perfecta.

—Bueno, dígalo como quiera —gruñó Brooks— pero sepa que ninguno de nosotros es capaz de cometer un asesinato.

—¿Y conoce usted a alguien que sí sea capaz?

—¡Claro que no!

—¿Otros amigos de Norma Gladstone, conocidos, gente que se relacionaba con ella por negocios...?

—No creemos tener un asesino entre nuestros amigos, inspector. Y desde luego, si usted está dispuesto a buscarlo, lo auguro un largo, aburrido... e infructuoso trabajo. Si quiere que le diga la verdad, todos pensamos que usted se equivoca.

—Eso entra dentro de lo posible —admitió Byron.

—De todos modos, si desea proseguir la investigación, sepa que todos estamos a su disposición.

—¿Incluida la señora Hartley?

—Por supuesto. Jess la convenció incluso de que si usted volvía a interrogarla sobre el testamento, ella debía decirle lo que sabe, aunque sólo sea a usted.

—¿Y dónde está ahora la señora Hartley?

—En la funeraria, naturalmente: ¿Quiere la dirección?

—Se lo voy a agradecer mucho a ustedes...

—¿Quieres entrar conmigo o prefieres quedarte en el coche?
Debbie miró hacia la funeraria, y movió la cabeza.

—O sea, que finalmente, hemos venido a parar a una funeraria
—lo miró y sonrió—. De todos modos, no me importaría que fueses sepulturero.

Byron se acercó para besarla en los labios.

—De todos modos, será mejor que esperes aquí. ¿De acuerdo?

Deborah asintió y Bannister se apeó del coche. Nada más entrar en la funeraria, olió a lirios. Arrugó la nariz. Un empleado se acercó a él, le escuchó y le indicó el comportamiento destinado a Norma Gladstone. Bannister movió la cabeza negativamente.

—Preferiría ver a la señora Hartley en otro sitio.

El empleado lo llevó a una salita de espera, decorada sobriamente. Había una gran paz allí, un silencio increíble. Bannister se relajó. Sabía que estaba llegando al centro del asunto, lo SABÍA. La puerta se abrió y apareció Jess Mansfield, sonriente.

—Caramba, caramba... ¡Aquí está Sherlock Holmes!

Bannister decidió no ponerse en pie. Se quedó mirándolo ceñudamente.

—No he pedido verle a usted, señor Mansfield —gruñó.

—Ya lo sé. —Mansfield se sentó frente a él, en una confortabilísima butaca, y se quedó mirándolo hoscamente—. Usted ha venido a hablar con Merle, y me parece bien. Pero he querido puntualizar antes algún pequeño detalle.

—¿Por ejemplo?

—Inspector Bannister, yo le comprendo a usted, y el hecho de que haya venido aquí me indica que ya habló con Hecht y los otros. No me agradezca mi intervención en esto, Pero, se lo advierto: si ahora, con su interrogatorio, provoca usted el menor disgusto a mi querida preñada Merle, le romperé la cara. ¿Está claro?

—Está claro. Y a mi vez, quiero puntualizar dos detalles, señor Mansfield. Primero: le sugiero que no se dedique a amenazar a la policía. Segundo: lo de romperme la cara le iba a ser a usted verdaderamente difícil.

Mansfield sonrió de pronto.

—Los tiene usted bien puestos, ¿eh?

—Magníficamente puestos, señor Mansfield.

—Me estoy refiriendo a los cojones, ¿sabe? —rió Jess.

—Justamente de eso estaba hablando yo también.

Mansfield se puso en pie, y se acercó a la puerta de la recoleta salita. Se volvió.

—Merle vendrá enseguida —alzó un dedo—. Pero recuerde: le parto la cara si la violenta en lo más mínimo.

Bannister apretó los labios, y no replicó, sosteniendo firmemente la mirada de Mansfield. Éste salió. Un par de minutos más tarde, entró Merle Hartley, sola. Esta vez, Bannister sí se puso en pie, en el acto.

—Buenos días, señora Hartley.

—Buenos días —le sonrió un tanto turbada Merle—... Oh, siéntese, siéntese —ella lo hizo en la butaca que antes había ocupado Mansfield—. Ha venido a preguntarme cosas del testamento, ¿verdad?

—Siempre y., cuando ello no haya de perjudicarla en su estado..., y no hago esta aclaración por las amenazas de Mansfield.

—¿Le ha amenazado Jess? —Abrió mucho los ojos Merle.

—Dijo que me rompería la cara si nuestra conversación la perjudicaba a usted en lo más mínimo. Merle se sonrojó.

—Bueno, no debe tenérselo en cuenta... Nos quiere mucho a los Hartley..., supongo que por Sally. Y está deseando que tengamos el otro hijo. Todo lo contrario que tía Norma.

—¿Qué?

—Tía Norma se enfadó muchísimo cuando se enteró de que yo iba a tener otro hijo. Byron quedo atónito.

—¿Por qué?

—Lo que más lamento de este asunto es que será inevitable que el testamento sea leído. Y si no fuese porque quisiera que mis hijos estuvieran bien acomodados, renunciaría a todo. Bueno, le ruego que perdone mi insinceridad de ayer, pero...

—Eso está olvidado, señora Hartley. Mire, yo creo que será mejor que usted, simplemente, me diga lo que quiera decirme, sin que yo la interrumpa, ni la atosigue con preguntas. ¿Le parece bien?

—Sí, gracias. Verá usted, tía Norma era... ¡Oh, Dios mío, era una malvada!

—Señora Hartley, si esta conversación...

—No, no. ¡Quiero decírselo! De todos modos, será inevitable que Douglas y otras personas se enteren, cuando sea leído el testamento. Por fortuna, todos conocían bien a tía Norma, y no harán caso de su insidia. Bueno, no sé si usted sabe que ella pretendió... tener relaciones sexuales con mi marido. Sí, ella era así. Éste era su tercer matrimonio, y pese a que Jess la sabía llevar bien y es un muchacho maravilloso, no estaba contenta. Sus otros maridos la enviaron al infierno, y creo que ahora están uno en África y otro en Sudamérica. No quisieron ni oír hablar más de ella. Jess la llevaba bien, y hasta en ocasiones conseguía humanizarla. El propio Jess no lo sabe, pero si tía Norma hizo testamento a mi favor, salvo algunas pequeñas cosas para sus socios, se debió a la presión que él ejerció...

—¿Jess Mansfield presionó a su esposa para que la nombrase a usted su heredera?

—Sí pero Jess no lo sabe. Ella me lo dijo..., tía Norma. Dijo que, en el fondo, Jess había tenido una buena idea, y me... me explicó que me dejaba prácticamente todo su dinero, acciones, en fin, todo... ¡Dios mío, es horrible!

—¿Es horrible heredar una fortuna que al parecer es muy importante? —se sorprendió Byron.

—Usted no sabe cómo redactó ella su testamento. Supongo que al señor Cunningham, el notario, debió darle nauseas, pero, claro, si él no hubiese aceptado redactarlo, habría aceptado otro. Ella quería el testamento de determinada forma, y así se hizo... Ella misma me lo dijo, mirándome... como una serpiente.

¡Dios me perdone, pero la odio!

—Señora Hartley...

—Estoy bien, no se preocupe. —Merle sonrió—. Le diré a Jess que no tiene que romperle la cara.

—Eso es muy amable por su parte —sonrió Byron—. ¿Puedo conocer los términos de ese testamento? Y a propósito: ¿qué le deja al señor Mansfield?

—Una libra.

—¡Una libra...! —Respingó Bannister.

—Era odiosa. Cada día era más mala, inspector. Una de las cosas que más la torturaban era el hecho de no poder tener hijos. Su temperamento sexual era de ninfómana, pero no podía tener hijos.

Una vez, quiso adoptar una niña, poco antes de casarse con Jess, pero no se la concedieron. Al parecer, en la institución investigaron el modo de vida de tía Norma, y no les pareció... persona adecuada. Dos divorcios, tanta inclinación hacia los nombres jóvenes, líos en ese sentido... Le negaron la niña que quería. Desde entonces, aún fue peor. Sé que quiso acostarse con Douglas, y que él la rechazó. Desde entonces, no quiso saber nada con nosotros, nos desheredó... Bueno, y así seguía todo si poco después no se hubiera casado con Jess, y él la hubiese presionado. Sí, ella testó a mi favor, pero... de un modo repugnante. En el testamento se leerá que ella me deja todo lo suyo como... agradecimiento a los servicios prestados por mi marido, y a la promesa de éste de que, mientras ella viva, no volverá a realizar el acto sexual conmigo.

Byron Bannister estaba aterrado. Creía no haber oído bien.

—Pero... ¡eso es odioso! —No pudo evitar exclamar.

—Sí... Me temo que el notario va a pasar un mal rato el día de la lectura del testamento, cuando tenga que leer que soy la heredera universal gracias a que mi marido estuvo todo el tiempo gratificando sexualmente a mi tía y que le prometió que no volvería a... a gratificarme a mí. Eso es lo que pretendía tía Norma que dijera el testamento, y que durante años, Douglas no se había relacionado sexualmente conmigo, como... homenaje a ella, que habría sido la que habría estado gozando de su... virilidad. Pero, claro, cuando se enteró de que yo estaba embarazada, comprendió que ese testamento resultaría absurdo, así que... decidió cambiarlo, desheredándome.

—Decidió cambiarlo... ¿Quiere decir que ahora hay otro testamento?

—No... Creo que no llegó a tiempo de cambiarlo. De modo que tendremos que soportar esa lectura. ¡Pero nadie la creará!

Byron Bannister miraba fijamente a la mortificada Merle, que parecía a punto de llorar. Se permitió palmearle una mano tras inclinarse hacia ella.

—Serénese, señora Hartley. Por supuesto que nadie creará esa odiosa calumnia, ese asqueroso incordio. Sólo voy a molestarla ya con una última pregunta: ¿debo actuar como si desconociese el contenido de ese testamento o me autoriza usted a utilizar su información?

—Bueno, a menos que sea del todo imprescindible, yo preferiría que nadie supiese nada hasta el momento inevitable.

—De acuerdo. Muchas gracias, señora Hartley. ¿Me permite que la acompañe hasta...?

—No, no, gracias. Creo que... que voy a quedarme aquí unos minutos.

—Lo entiendo. Adiós... Y gracias de nuevo.

Dos minutos más tarde, Byron Bannister se sentaba al volante de su coche, casi sin mirar a Deborah, que le contemplaba con curiosidad, risueña.

—La madre que lo parió —masculló, en español.

—¿Qué? —rió ella.

La miró, directamente. Era preciosa. Y tenía algo que Byron Bannister no estaba acostumbrado a encontrar en las personas con las que se relacionaba: vitalidad, alegría de vivir, encanto... Byron estaba de pésimo humor, pero de pronto sonrió, no tuvo más remedio.

—¿Sabes, tetitas bailonas...? —dijo, pellizcándole la barbilla, lo que pareció encantar a Debbie—. ¡Él lo hizo!

—¿Quién?

—Él, Jess. Mansfield.

—¿Qué es lo que hizo ese señor?

—Asesinó a su esposa.

CAPÍTULO VIII

—Dijiste el campo —recordó Deborah— y me has traído a la playa.

—¿No te gusta el mar? —le sonrió él.

—¡Me encanta el mar!

—Voy a hacerte una apuesta tremenda —dijo él, pasándole una mano por la nuca, acercándola, y besándola en la nariz— voy a apostar mi vida a que te gusta, te encanta TODO.

Debbie pareció sorprendida.

—Naturalmente —asintió—. ¿Por qué no habría de gustarme todo? La vida es muy hermosa, Byron.

—En efecto. Sólo un cretino no lo considerarla así. Y desde luego, Jess Mansfield no es un cretino.

—Pero es un asesino —murmuró Debbie.

Byron asintió, en silencio. En aquel momento percibió junto a su ventanilla la forma de color azul oscuro. Apretó el botón, y el cristal bajó. El rostro del agente, con su alto casco, apareció en el hueco.

—Perdone, señor... Voy a rogarle que no estacione su coche aquí. ¿Le molestaría ir un poco más adelante?

Byron sacó su credencial. El rostro del agente desapareció, se vio un instante su mano; la portezuela fue abierta. Byron salió del coche. El agente se tocó el casco.

—Perdone, señor, pero ignoraba que fuese usted.

—No está obligado a conocer a todos los inspectores del Yard, agente. ¿Alguna novedad?

—Hasta el último parte, no, señor.

Byron tendió la mano, palma arriba, y el agente de turno comprendió, entregándole la llave de la casa de Jess Mansfield. Byron fue a abrir la portezuela del lado de Debbie.

Segundos después, los dos entraban en la casa-leonera de Mansfield. El suelo estaba completamente seco. Por dos ventanas se

veían como cuchilladas de sol. Byron las abrió. Deborah miraba a todos lados con los ojos muy abiertos; por el camino, más que nada para ordenar sus ideas, Byron le había explicado el caso que estaba investigando, y la muchacha miraba como esperando ver cosas fascinantes y terribles.

Pero no había allí nada fascinante ni terrible, al menos a la vista.

Debbie casi corrió en pos de Byron, llegando juntos al cuarto de baño. Se quedaron en el umbral. Byron señaló la bañera.

—Toda la explicación está ahí, en la bañera. Pero no consigo encontrar esa explicación. Desde luego, la teoría de que fueron dos las personas las que estuvieron aquí haciendo cosas diferentes, la he olvidado ya. Nada de eso: aquí sólo estuvo Jess Mansfield.

—¿A qué hora? —preguntó, inteligentemente, Deborah.

—Ésa es la cuestión —la miró Byron—, la hora y la bañera. Y el modo en que él la mató. Para comprender esto, debemos tener en cuenta dos cosas. Una: el golpe en la parte posterior de la cabeza... Dos: los pellizcos en el cuello. Esto es lo que básicamente me tiene desconcertado... e irritado. ¿Alguna vez has llevado un collar o cualquier cosa en el cuello que te deje señales como pellizquitos verticales? Señales como si yo fuese pellizcando así a todo alrededor del cuello, en la nuca... ¿Se te ocurre algo?

—¿Una de esas cintas negras con un camafeo? —sugirió Debbie.

—Vamos, Debbie... ¡Eso ya no lo lleva nadie! Y en todo caso..., ¿te apretarías tanto la cinta que te dejase señales?

—No. Bueno, esas señales debió hacérselas él, ¿no?

—Seguramente. Pero..., ¿cómo? ¿Con qué? ¡Si Norma Gladstone hubiese muerto estrangulada...! Pero no: murió de un colapso. Y a las cuatro de la tarde. A las cuatro, Mansfield estaba llegando a Dover... Estoy seguro de que no es tonto como para mentir en eso; seguro que a las cuatro estaba llegando a Dover. Y hacia las cinco, al taller de la entrada a la localidad de Faversham... Ésa es la hora clave: entre las cinco y las seis. Mansfield tuvo una hora libre...

—Pero entre cinco y seis, su mujer ya estaba muerta, ¿no?

—Sí... ¡Maldita sea mi estampa, sí...!

—Entonces, no pudo ser él, Byron.

Byron se acercó a la bañera. El tapón estaba en el rincón, donde había sido hallado. Otro punto curioso. Si solamente Mansfield había estado allí, ¿quién había retirado el tapón del desagüe

después de que la bañera se hubo desbordado? Bien, eso pudo hacerlo él cuando entró solo, dejando a Morley Graham afuera, en el coche. Pero..., ¿por qué hacer semejante cosa, que lógicamente tenía que sorprender a la policía? Era algo tan visible, tan revelador, tan desconcertante, que parecía absurdo que un hombre inteligente como Mansfield hubiese cometido ese error. Si sólo él había estado allí entre las cinco y las seis, y luego a las ocho..., ¿por qué retirar el tapón?

La pregunta estalló de pronto, como un mazazo, en la mente de Byron Bannister: ¿y si el tapón no hubiese estado puesto en algún momento? Pero entonces, surgía otra pregunta: si el tapón no había estado puesto en algún momento..., ¿cómo era posible que la bañera hubiera rebosado su contenido?

—Y otra cosa —dijo en voz alta Byron— ¿por qué demonios meterla en la bañera después de matarla?

—Tengo hambre, Byron —dijo Deborah.

La miró. Era cierto, todavía no había almorzado, y ya eran más de las dos de la tarde. La pobrecita Debbie debía tener el estómago vacío, sólo con aquel jugo de frutas... El estómago vacío... Igual que Norma Gladstone, que murió cuando ya había terminado la digestión del ligero almuerzo efectuado seguramente a mediodía... El estómago vacío. Las cuatro. Las seis. La bañera... ¡El calentador! Eso sí tenía sentido, el calentador podía haber sido enchufado por Jess Mansfield cuando entró sólo en la casa, a las ocho, de modo que el agua que entraba en la bañera era fría. Pero entonces, ¿por qué querer hacer creer a los demás que ella había utilizado agua caliente...? Y si no había utilizado agua caliente, si sólo había utilizado agua fría... Agua fría. Agua fría.

Agua... Mar... Marineros... El marino barbudo. Byron Bannister aspiró profundamente.

—Voy a decirte lo que pasó, Debbie —susurró—. Voy a decirte casi con toda exactitud lo que hizo Jess Mansfield el viernes entre cinco y seis de la tarde.

—Pero la hora de la muerte...

—No. No la mató a las cuatro. La mató... a las cinco y media. Exactamente a las cinco y media.

—Pero a las cinco y media él estaba en...

—Ve a buscar el libro de mapas de carreteras, ¿quieres? Lo

encontrarás en la guantera.

Debbie regresó corriendo con el libro. Todavía delante de la bañera, Bannister buscó la porción de mapa correspondiente a la zona que le interesaba: el Sudeste de la isla. Se sentó en el borde de la bañera, y Debbie lo hizo a su lado.

El índice de Byron tocó el nombre de Calais, en la costa francesa.

—Las tres de la tarde: Jess Mansfield embarcaba en Calais con su coche. Cuatro de la tarde: llega a Dover en el transbordador. Y ahora —se fue deslizándolo su dedo por la raya roja y amarilla—, parte por la E 107 en dirección a Canterbury. Deja atrás Canterbury... El coche vuelve a funcionarle mal, según él dice, pero probablemente eso es otra mentira, o, en todo caso, él hace que funcione mal..., de modo que está justificado que, a las cinco, llegue al taller para que le echen un vistazo. Son las cinco de la tarde. Jess Mansfield está en Faversham...

—Hace una hora que su mujer murió —dijo Debbie.

—No. Su mujer está viva, esperándole aquí, en esta casa. Él la llama por teléfono...

—Y ella no contesta... ¿Por qué?

—Me he expresado mal. El llama por teléfono, pero no aquí. Llama a otro sitio, a un número en el cual sabe que nadie le va a contestar. La empleada del taller oye llamar, comprende que nadie contesta a Mansfield, él mismo lo dice. Pero no ha llamado aquí... Eso lo dice para reforzar el veredicto forense de que a las cinco, su mujer ya no podía contestar. Y tampoco desde casa de Morley llama aquí, sino a otro sitio, posiblemente al mismo de antes, sea cual sea, eso no tiene la menor importancia. Volvamos a las cinco de la tarde... Él deja el coche en el taller, y se va a pasear. Bueno eso dice, pero no es así realmente. Fíjate: Faversham está en la costa... ¿Qué hay en la costa?

—Pues... tierra y mar —sonrió Debbie.

—Y embarcaciones. Aquí, en Faversham, en el embarcadero, Jess Mansfield tiene una lancha preparada. Una lancha veloz... La más veloz que días atrás pudo encontrar, y que seguramente alquiló o compró utilizando otro nombre. A toda prisa, Mansfield llega al embarcadero, salta a la lancha, y parte a toda velocidad... Fíjate bien... Siuviésemos que ir en coche desde aquí, Shoeburyness, a

Faversham, invirtiríamos no menos de tres horas, seguramente: habría que volver a Londres, tomar un desvío antes de llegar, circular por carreteras y autopistas... Bueno, pongamos dos horas. Pero él sólo dispuso de una hora. En lancha puede hacerse, es una línea recta, por mar, desde Faversham a Shoeburyness. Bueno, prácticamente recta. Y hay unas... veinte millas escasas. Veinte y veinte, contando ida y vuelta, son cuarenta... Algunas lanchas pueden navegar a esa velocidad. Tenemos una hora. Es decir, que sólo dispuso de minutos para matar a su mujer... Veamos... Sale a las cinco y cinco de Faversham, y llega a las cinco y treinta y cinco a Shoeburyness... Pero ya no llega como Jess Mansfield, con su aspecto habitual, no... Llega como un marino barbudo y grueso, con lentes. Se asegura de que nadie lo ve, y entra en esta casa, abriendo con su propia llave... ¿Te imaginas la sorpresa de Norma Gladstone al encontrarse dentro de la casa un marino barbudo, un desconocido?

—Byron..., ¿no es un poco fantástico todo esto?

—Más fantástico es el propio Mansfield, ya te lo demostraré luego. Sí, llega aquí posiblemente a las cinco y media. Mata a su mujer, y la mete en...

—¿Cómo la mata?

—De eso hablaremos luego. Digo que mata a su mujer, y la mete en la bañera con agua fría. Seguramente, ella ya se había bañado y perfumado, así que había agotado el agua caliente. Así que Mansfield la mata, la mete en la bañera, y abre el grifo del agua caliente, sabiendo que, pese a enchufar el calentador, sólo saldrá corriente, siempre fría. ¿Y sabes por qué hace eso?

—No...

—Porque de este modo, el cuerpo se enfriará más rápidamente, y parecerá que murió antes, a las cuatro, por ejemplo. Y esto quedaría apoyado por las llamadas que él fue haciendo y que su esposa no contestó. Llamadas falsas, naturalmente. Sí, el cuerpo, sumergido en agua fría, se enfría más rápidamente, y entre esto y las llamadas, el dictamen forense es... distorsionado, confundido. Y como ya hacía horas que había comido, como la víctima ya había hecho la digestión, no se pueden obtener conclusiones a base de analizar la comida a medio digerir. Mandan las evidencias: llamadas telefónicas y el enfriamiento acelerado del cuerpo, que se pasa un

buen rato sumergido en agua fría, ya que el desagüe estaba tapado, hasta el punto de que el agua desborda la bañera. Ahora, tenemos un detalle importante: ese desbordamiento de agua que ha inundando toda la casa, y, como contrasentido, el hecho de que el tapón no esté tapando el desagüe, sino fuera de la bañera... y seco, ya que no fue utilizado desde que Norma Gladstone se bañó realmente, hacia las cuatro.

—Pero, Byron, si el tapón no fue utilizado..., ¿cómo se desbordó la bañera?

—¡Éste es el detalle importante! ¿Cómo? Veamos... A Jess Mansfield le interesaba que su esposa estuviera sumergida en agua fría, pero no utilizó en ningún momento el tapón, pues de haberlo hecho así, no lo habría quitado luego. Él quería que ella estuviese sumergida en agua fría, pero que esto no fuese evidente, ya que entonces, el forense podría tenerlo en cuenta, y calcular la hora de la muerte más pronto. No... La bañera tenía que estar llena de agua fría, pero tenía que parecer, cuando Mansfield llegase acompañado (ya sabía él que conseguiría llegar con Morlye Graham) de un testigo, que en todo momento había estado vacía, esto es, entrando agua en la bañera por el grifo, y saliendo por el desagüe. Y esto era para que, al percibir el golpe en la parte posterior de la cabeza de Norma Gladstone, se llegase a la siguiente conclusión: ella abre el grifo del agua caliente, entra en la bañera, resbala, se da un golpe en la cabeza, y, entre el susto y el golpe, fallece de un súbito y demoledor colapso cardíaco. Luego, queda en la bañera, el agua entra y sale, y eso es todo. Y eso es lo que espera encontrar Mansfield cuando llegue acompañado. Pero se encuentra con una sorpresa: el agua ha desbordado la bañera. Con esto no contaba él. Es un contratiempo, ya que tenía que parecer que la bañera nunca había estado llena, motivo por el que, cuando colocó a su esposa muerta en la bañera, dejó el tapón ahí —señaló hacia atrás.

—Pero si la bañera tenía que aparecer vacía..., ¿cómo pudo él dejarla llena de agua fría con el cadáver?

—Tapó el desagüe con otra cosa.

—¿Qué? —Parpadeó Debbie.

—Tapó el desagüe con otra cosa. Con algo que... duraría el tiempo suficiente para que, durante un buen rato, el cadáver estuviese sumergido en agua fría. Y luego, esa cosa desaparecería, el

agua se iría, y cuando él y Graham llegasen, parecería que la bañera había estado vacía todo el tiempo. Pero calculó mal: la cosa que colocó en el desagüe duró más tiempo del calculado y deseado, y la bañera desbordó. ¡Y ése fue el fallo inicial, el fallo que siempre se produce en cualquier asesinato! Pero esto no podía saberlo Mansfield cuando, tras matar a su esposa y colocarla en la bañera, salió, de aquí, fue al embarcadero, saltó a la lancha y emprendió velocísimo regreso a Faversham, mientras iba tirando al mar todos los elementos de su disfraz de marino barbudo y con lentes. Llegó a toda prisa, fue a una bar llamado

Cook's,

tomó un café para hacerse ver, sabiendo que nadie iba a consultar su reloj cuando él apareciese, y que sólo podrían dar una hora aproximada respecto al momento en que él estuvo allí..., y volvió al taller. Su coche ya estaba reparado. Pagó, y continuó viaje a Londres.

Se quedaron silenciosos los dos. Debbie suspiró, por fin, y preguntó:

—¿Cómo la mató?

—No lo sé... Es decir, no estoy seguro. Del mismo modo que no sé con seguridad qué pudo utilizar para taponar el desagüe un tiempo determinado solamente. Tiene que ser algo que por sí mismo fuese a desaparecer...

—¡Cubitos de hielo! —exclamó Debbie—. ¡Pudo taponar el desagüe con cubitos de hielo!

—No. Los cubitos flotan, ¿no te has fijado? Y aunque los hubiese colocado a presión, en cuanto hubiesen disminuido un poco de tamaño, habrían subido a la superficie, y el agua se habría marchado antes de lo que a él le convenía. No, cubitos no... Tiene que ser algo que dure más..., incluso más de lo que Mansfield calculó en las pruebas que seguramente estuvo haciendo.

—Pues no se me ocurre.

Byron la miró amablemente, y le dio una palmada en una rodilla.

—No es a ti a quien se le ha de ocurrir, sino a mí —rió—. Pero te agradezco la ayuda. Sólo quiero... encontrar la idea respecto al modo en que la mató. En realidad, se me está ocurriendo que... Pero quizá no... Bueno, podría ser... Pero no, porque ella tenía que

estar consciente, y se habría debatido, habríamos encontrado huellas de violencia en su cuerpo, en sus brazos..., presiones de dedos... Claro que es el mejor modo...

—¿Cuál modo? —Se impacientó Debbie.

—Es fantástico, pero podría ser... Bueno, salgamos de aquí. Todavía tenemos muchas cosas que hacer.

—¿Almorzar también?

—También. Eso será lo primero que haremos, aquí mismo, en Shoeburyness. Seguramente, encontraremos un sitio agradable, cerca de la playa... Y mientras tanto, mis colegas de aquí me proporcionarán una velocísima lancha con la que iremos a Faversham y volveremos... después de pasar por el bar

Cook's

y buscar ese taller. Claro que no habrá nadie en ese taller, hoy domingo..., pero quizá con un poco de suerte localicemos a la chica rubia de los grandes pechos...

—¿Qué chica? —Se mosqueó graciosamente Debbie.

—Una de las supuestas conquistas de Jess Mansfield.

—Ah.

Byron Bannister quedó pensativo, y Deborah se lo quedó mirando en silencio. Captó el profundo pliegue en el ceño del policía, y comprendió que Byron estaba pensando algo que no era en absoluto agradable, algo que le molestaba. En silencio, Debbie puso una mano sobre una de Byron, que la miró y movió la cabeza, con gesto apesadumbrado.

—¿Sabes, Debbie? —murmuró—. No siempre es agradable descubrir al asesino.

CAPÍTULO IX

Jess Mansfield fue el primero en ver aparecer a Byron Bannister en el cementerio. Se quedó mirándolo unos segundos, y luego desvió la mirada, y continuó presenciando los preparativos para la colocación del féretro en la tumba.

Cuando volvió a mirar hacia donde había visto a Bannister, el hombre de Scotland Yard continuaba en el mismo sitio, inmóvil, mirándole todavía, impávido.

Hacía sol. Era un lunes tibio, primaveral suave... Cerca de Mansfield estaba, cómo no, la pequeña Sally, que en aquel momento divisaba al policía. Los demás lo habían visto ya, y lo miraban con diferentes expresiones, pero todos expectantes, un tanto perplejos por su presencia. Fannie Wolfe también lo miraba con una expresión hosca, irritada; en cambio, la bella Lilliam tenía una leve sonrisa hacia el hombre que había descubierto sus relaciones lesbianas. Bueno, ¿qué más daba? Cada uno puede hacer lo que quiera con su cuerpo, ¿no?

La pequeña Sally tiró de una mano de Mansfield.

—Tío Jess, el policía ha venido.

—Lo sé, cariño, lo sé.

—¿Él también quería mucho a tía Norma?

Mansfield echó un vistazo a su alrededor. Los padres de Sally, uno junto a otro; mostraban una expresión serena, simplemente. Sí señor, eran demasiado buena gente para andarse con hipocresías... Fannie Wolfe parecía irritada. Lilliam más bien sonreía. Los demás, ponían cara de circunstancias: el erudito John Edgeton, que seguramente se sorprendería cuando los generosos Hartley le ofrecieran una parte de la herencia para que pudiese seguir estudiando, ya sin pensar en agobios económicos, todo lo relacionado con las diferentes maneras de comunicación vital en el universo, o algo así... Los tres socios de Norma Hecht, Garrison y

Brooks permanecían serios, mohínos, casi sombríos, pero seguramente sentían felices por el hecho de que el maldito contrato con la firma francesa jamás se firmaría.

Y Albert Cronwell, y otros subsidiarios de la Gladstone, también estaban allí. Sí, con caras de circunstancias, pero seguramente muy felices porque todo seguiría funcionando bien en sus negocios, abasteciendo a la Gladstone. Y había más personas: amigos, conocidos, gente de compromiso, proveedores, clientes... Bueno, asistir a un entierro en lunes por la mañana no es un modo muy alegre de comenzar la semana, pero, a fin de cuentas, decir adiós para siempre a Norma Gladstone no debía ser precisamente un trauma para nadie...

¡Adiós, bruja maldita!

Adiós, adiós para siempre, cerda.

—Tío Jess...

—¿Qué...? Oh, perdona, querida. Dime.

—Te preguntaba si el policía también quería mucho a tía Norma.

—Naturalmente, cariño. Ve con mamá, anda... Voy a darle las gracias al policía por haber venido.

—Oh, sí... ¡Debes hacerlo, tío Jess!

—Claro. —Mansfield se inclinó y besó a la niña en ambas mejillas—. Hasta luego, mi amor.

—Estás muy triste, ¿verdad?

—Sí... Estoy muy triste. Pero tú no debes estarlo, ¿comprendes? A lo mejor, tía Norma está en el cielo, así que no debemos estar tristes. Recuerda que siempre, siempre, siempre tenemos la obligación de ser felices. ¿Lo recordarás?

—Claro, tío Jess.

Mansfield acarició una mejilla a la niña, y se acercó a Byron Bannister, que continuaba en el mismo sitio. Mansfield se dio cuenta de que era mirado por todos con curiosidad, pero eso ya no tenía importancia.

Se detuvo ante Bannister, y sonrió.

—Ha sido usted muy amable al venir, inspector —dijo con tono festivo.

—Señor Mansfield, tengo en un bolsillo una bolsa de plástico y unos cuantos terrones de azúcar.

Jess Mansfield palideció ligeramente. Se quedó mirando a Byron, con fijeza. Por fin, parpadeó y sonrió de nuevo.

—¿Cuánto calcula que me caerá? ¿Treinta años? ¿Cadena perpetua?

—Lo siento.

—¿De veras? —Se pasmó Mansfield—. ¿Realmente lo siente?

—Sí. Y espero que entienda que tengo que cumplir con mi trabajo.

—Por supuesto que lo entiendo. Ha sido por el agua que salió de la bañera, ¿verdad?

—Entre otras cosas.

—Bueno... Mala suerte. Pero tuve que hacerlo todo tan precipitadamente que algo había de salir mal. La bruja no me dio demasiado tiempo: precisamente hoy tenía proyectado ir al notario para cambiar el testamento, así que había que hacerlo deprisa... Y ya se sabe que las cosas hechas tan precipitadamente casi nunca salen bien. De todos modos, le he dado trabajo, ¿eh?

—No demasiado. Digamos que me ha tenido distraído todo un fin de semana.

—¿Me odia por eso?

—No —murmuró Byron—. Le juro que no, Mansfield. No le odio; simplemente, tengo que detenerle.

—Está bien. Pero ha valido la pena. Fíjese en toda esa gente, inspector... Todos y cada uno de ellos iba a salir perjudicado por culpa de esa puerca odiosa. Era repugnante..., y no me refiero a lo físico, no... Casi vomitaba cada vez que a alguien le ocurría algo bueno. La envidia la tenía enferma. ¡Joder, lo hecho, hecho está, y le aseguro que no me arrepiento aunque me encierren para toda la vida! Solo... Bueno, me habría gustado ver crecer a Sally, ver nacer a su hermanito... Adoro a Sally. ¿Lo sabía?

—Sí.

—Es una niña encantadora... Pero desde luego, prohibiré a sus padres que la lleven a visitarme a la cárcel jamás.

—Es posible que sólo esté en la cárcel cinco o seis años.

—¿Bromea? —sonrió Mansfield.

—No. Ya sé que ha sido un asesinato premeditado, pero hay... circunstancias especiales en él. Por ejemplo, usted se estaba dando la gran vida mientras ella vivía, y con su muerte sólo ha beneficiado

a otras personas, mientras que usted sólo habría recibido una libra. ¿Sabía esto?

—Desde luego; la víbora me lo dijo.

—O sea, que usted se la ha jugado por otras personas. Eso será tenido en cuenta. Ya conoce la justicia británica, señor Mansfield: es muy elástica y peculiar.

—Bueno —parpadeó Mansfield—. Me gustaría poder volver a ver a Sally dentro de cinco años, y seguir disfrutando de su compañía. Sería formidable, ¿no cree?

—Seguramente será así.

—Ojalá. Pero ¿sabe?, no me importaría pagar con más tiempo. Bien muerta está, maldita sea... De veras: me pase lo que me pase, siempre diré que ha sido un asesinato maravilloso. ¿No está de acuerdo?

—No puedo contestar a eso, lo siento.

—Ya. Sí, le comprendo... Bueno, creo que ya van a meter a la víbora en su gruta eterna. ¿Puedo asistir hasta el final a la ceremonia?

—Por supuesto.

—Gracias. —Mansfield sonrió de nuevo, ampliamente—. Y no se ponga nervioso, vuelvo enseguida.

Byron Bannister asintió, y permaneció allí, siempre inescrutable su rostro. Metió una mano en el bolsillo y tocó el cordel, la bolsa de plástico, los terrones de azúcar...

Jess Mansfield había llegado ya al lugar que le correspondía en la ceremonia. El pastor comenzó a hablar después que el féretro fue colocado en la tumba, pero Mansfield dejó de oírlo en seguida... Su mente no estaba allí.

Su mente estaba en otra parte, ocupada en rememorar aquel asesinato maravilloso...

Conocía perfectamente Shoeburyness, así que sabía dónde dejar la lancha, lo más cerca posible de su vieja casa, de su leonera. Un instante antes de saltar a tierra, miró de nuevo su reloj: sí, todo iba según el horario previsto, la lancha había cumplido el viaje a una velocidad realmente fantástica. No en balde él sabía de aquellas cosas... Lo que le molestaba más era la barba postiza y los rellenos que se había puesto en la cintura durante el trayecto, pero no le importaba. Cualquier sacrificio valdría la pena.

Poco después, estaba ante su casa. Se aseguró de que nadie se fijaba en él en aquel momento, metió la llave en la cerradura, abrió, y entró rápidamente. Estaba ajustando la puerta tras él cuando oyó la voz de Norma:

—¿Jess? ¡Ya era hora! ¿Dónde demonios has estado todo...?

Él se había vuelto. Norma había aparecido, procedente de la salita, y estaba muda de asombro, de sobresalto, mirándolo. Él no le dio tiempo ni siquiera a pensar en gritar.

—¡Hola, querida! ¿Qué te parece mi disfraz?

—¡Jess...! Pero... ¡Oh, estúpido, qué susto me has dado! ¿Qué tontería estás haciendo?

Él se acercó a ella, sonriendo, notando la tirantez de la barba postiza. Norma llevaba puesto, en efecto, uno de aquellos juguetes de su vestuario *sexy*, una camisita corta, transparente... Se le veían los pechos y el sexo. En realidad, era casi hermosa, a pesar de sus cincuenta y un años. ¡Lástima que por dentro fuese mucho más horripilante que una víbora...! Aunque, ¿qué tenían de horripilante las víboras?

La abrazó. Ella intentó apartarlo cuando la besó en la boca, metiéndole los pelos de la barba adquirida en París.

—¡Deja...! ¡Me da asco esa barba! ¿Qué te propones con esta majadería?

—Pensé que me recibirías más amablemente, la verdad, querida. ¡Hueles muy bien! ¿Ya te has bañado?

—Sí... Mira, Jess...

—Supongo que, como siempre, has terminado toda el agua caliente.

—Sí, claro. ¡Eres cómico! —Se echó a reír de pronto Norma Gladstone—. Verdaderamente eres cómico, Jess. Pero a mí no vas a hacerme reír con tus «gracias», como a los demás. ¿Qué ridiculez se te ha ocurrido?

—Estoy seguro de que muchas personas lo encontrarían divertido... Pero no tú, claro. A ti sólo te divierte hacer el mal, joder al prójimo, sea quien sea. Lo sé. En cambio, a mí me gusta convivir alegremente con personas agradables y tener amigos, afectos, amores. Ah, querida, ¡eso es lo más importante de la vida!

—Eso son memeces... ¡Lo más importante de la vida es conseguir lo que uno quiere!

—Sí ya sé... No te esfuerces en explicarme tu modo de ver la vida. Y perdóname que no tenga tiempo para filosofar contigo... ¡Tengo los minutos contados!

—¿Los min...?

Jess apoyó una mano en la barbilla de Norma, y la empujó con fuerza bien controlada contra la pared. Sonó el impacto de la parte posterior de la cabeza de Norma, algo como un crujido... Norma emitió un grito ahogado, un gemido, y sus ojos giraron, mostrando solamente la córnea; habría rodado por el suelo, momentáneamente aturdida, si Jess no la hubiera sujetado. Le quitó la camisita, dejándola completamente desnuda, y, sosteniéndola con un brazo, sacó con la mano libre una bolsa de plástico transparente, sólido, y la colocó de modo que cubriese la cabeza de Norma. En seguida, sosteniéndola ahora apretándola con su pecho contra la pared, sacó un cordel, rodeó el cuello de ella y apretó, anudándolo con fuerza, de tal modo que Norma quedó como dentro de un globo, sin más aire para respirar que el que había dentro de éste, es decir, dentro de la bolsa de plástico.

A través de éste, Jess la vio parpadear. Había estado inconsciente apenas unos segundos. Vio sus ojos, su sorpresa, su gesto de incomprensión primero, y luego de susto, finalmente de espanto... Ella gritó. Jess vio su rostro crispado, su boca como una raya roja... El grito hinchó un instante la bolsa de plástico, que al atirantarse permitió a Jess ver mejor el rostro de su esposa.

Ésta se había colocado ya firmemente sobre sus piernas. Quiso subir las manos hacia la bolsa, pero Jess la abrazó suavemente, manteniendo los brazos de ella pegados al cuerpo.

—Es inútil, querida —jadeó—. No podrás desprenderte de mi cariñoso abrazo. ¿Y sabes por qué te abrazo?, porque es el mejor modo de mantenerte inmovilizada. Podría sujetarte las muñecas, pero eso dejaría señales de mis dedotes en tu fina piel, marcarían tu delicada carne, y la policía no es tonta. En cambio, así, bien abrazadita, no se notará nada..., y de todos modos, no puedes moverte. ¿Verdad que no, ninfa mía?

La expresión del rostro de Norma era horrible en su desesperación. Gritaba, pero los gritos no sólo quedaban bastante ahogados dentro de la bolsa de plástico, sino que, además, consumían más velozmente el poco aire que contenía, quemaban

más rápidamente el oxígeno...

Jess Mansfield comenzó a sudar de angustia el ver aquel rostro aterrorizado. Casi sentía deseos de vomitar viendo lo que estaba haciendo... Pero no, no podía dejarse vencer por la piedad... ¡No!

—¿Sabes lo que estoy haciendo? —jadeó, notando el sudor deslizarse por su cuello, bajo la barba, en el pecho—. ¡Te estoy asesinando, querida! Y es inútil que resistas, soy muchísimo más fuerte que tú. Lo he planeado todo en muy poco tiempo, pero sé que me saldrá bien... Tú no mereces vivir, pues todo lo que haces viviendo es odiar y perjudicar a tu prójimo... ¿Sabes?, no vas a desheredar a mi pequeña Sally; ni vas a burlarte más del primo John, que es un hombre admirable y cultísimo, todo espíritu; ni vas a humillar más a Merle, ni a molestar a Douglas, ni arruinarás a esas pequeñas empresas subsidiarias, ni afrontarás y perjudicarás a tus socios, ni insultarás más a las chicas encantadoras que trabajan para nosotros, y a las que tú llamas putas de cloaca... ¿Me oyes? ¡¿Me oyes?!

Norma ya no se movía, no se debatía. A través del plástico, Jess Mansfield estaba viendo su rostro horriblemente crispado e inmóvil. Como retorcido. Le puso una mano bajo el seno izquierdo.

—De modo que ya has muerto... ¡Bien! Lo sabía. Eres tan cobarde que sabía que ibas a morir de miedo, que te fallaría tu podrido corazón. O eso, o morirías asfixiada, para lo que también tenía pensado un plan convincente. Pero, puesto que has muerto así, así lo montaremos todo..., querida.

La arrastró hasta el cuarto de baño, la metió en la bañera, y le quitó la bolsa de plástico de la cabeza. Ni siquiera se fijó en las señales, como pellizcos, que la bolsa había dejado en el cuello de Norma al ser apretada, formando pliegues, por el cordel. Se guardó la bolsa, sacó del bolsillo unos terrones de azúcar, y los envolvió en papel. Luego, los metió en el desagüe, apretándolos. Abrió el grifo del agua caliente, pero, por supuesto, el agua salió fría... Los terrones de azúcar obstruían casi completamente el desagüe, de modo que la bañera se fue llenando. Así... Agua fría, para enfriar tu cuerpo, para que parezca que llevas más tiempo muerta..., querida.

La bañera se iba llenando. No, no enchufaría el calentador ahora. Lo haría cuando llegase con el abogado señor Graham, al que sabía que iba a poder convencer.

Mientras la bañera se iba llenando, Mansfield fue al dormitorio y vio el portafolios de Norma, dentro del cual, tal como él le había indicado, ella había llevado el borrador del contrato. Lo sacó y lo guardó en un bolsillo. Luego, junto con la barba y todo el resto del disfraz, lo tiraría al mar, de regreso con la lancha a Faversham, donde tomaría el café, iría al taller de la chica rubia y tetuda...

El tiempo justo...

Dedicó apenas un minuto en asegurarse de que todo quedaba en la casa como tenía que quedar. Luego, volvió al cuarto de baño... Al ver a Norma, no pudo evitarlo: todo su cuerpo se estremeció en una violentísima arcada, y tuvo el tiempo justo de alzar la tapa del inodoro... La agradable comida que había degustado en la localidad francesa de Abbeville salió dolorosamente, repugnantemente. Se le llenaron los ojos de Lágrimas, le quedó en la boca un sabor asqueroso, y un frío intenso en todo el cuerpo, que sudaba copiosamente... Era horrible lo que había hecho... ¡Horrible, Dios!

Pero Jess Mansfield era un hombre muy fuerte, y él lo sabía. Podía soportarlo todo. Todo. Y lo soportó.

Cuando, casi a las seis y diez, se marchaba del taller donde le habían reparado el estropicio que él mismo había preparado en su coche para tener justificada aquella hora y pico de tiempo muerto, Jess Mansfield lanzó un suspiro, casi un grito. Un grito en el que había alegría y miedo, y remordimientos, y rencor, y asco...

Pero ya estaba todo hecho, ya no tenía nada que temer. Ni él ni nadie, ninguna de aquellas formidables personas a las que conocía, a las que apreciaba y de las que recibía simpatía y afecto... Ya nadie tenía nada que temer, porque la víbora había muerto.

Y recordando el rostro horriblemente distorsionado de la víctima dentro de la bolsa de plástico, el asesino, que de nuevo sentía el sudor de la angustia en su cuerpo mientras conducía a toda velocidad hacia Londres, gritó, con voz aguda, tremolante:

—¡Hija puta de mierda...! ¡Bien muerta estás!

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

